

Socorro Venegas

Vestido de
novia



Cuando aparentemente han quedado atrás la viudez y el dolor de la pérdida, cuando el luto ha sido superado por una vida en la que hay un nuevo esposo y un hijo, una mujer es confrontada con los cabos sueltos de su pasado al recibir una extraña oferta: alguien quiere comprar el nicho donde descansan las cenizas de Aldo, su primer marido. En las alas de las mariposas que cazaba de niña regresan augurios y presentimientos que dejó pasar, señales de lo poco que ese matrimonio duraría, como el vestido de novia que eligió de color negro. «Quizá desde niña, cuando seguía a esas mariposas, ya era una viuda en estado larvario». ¿Qué dijo el amado antes de morir? ¿Pesaban esas palabras tanto como sus cenizas? Poco a poco, Laura irá descubriendo aristas desconocidas de Aldo. Le escribirá al coleccionista de Islandia con quien él intercambiaba botellas en miniatura de distintos licores y encontrará en él a un corresponsal de la desgracia con quien llegará a ver lo que no quiso reconocer nunca: Aldo anhelaba la muerte.



Socorro Venegas

Vestido de novia

ePub r1.0

turolero 09.09.15

Título original: *Vestido de novia*

Socorro Venegas, 2014

Editor digital: turolero

Aporte original: Spleen

ePub base r1.2



Para ellos, que partieron en mayo

Citas

Sé que en la eternidad perdura y arde
lo mucho y lo precioso que he perdido.

Jorge Luis Borges

Héctor, tú eres para mí, mi padre y mi señora madre y
mis hermanos. Pero sobre todas las cosas, eres el amor que
florece y sigue siéndolo. Quédate y entonces te amaré
hasta el día de mi muerte y un día más.

El ruego de Andrómaca a Héctor en *La Ilíada*

Capítulo 1

La joven administradora del cementerio fue breve y directa pero no espontánea. Había observado con ojos expertos mi modo de abrir y cerrar la cartera, mi consulta al reloj de pulsera. Sólo quería pagar y largarme. Volver hasta el próximo año para cumplir con el deber de conservar aquellas cenizas antiguamente amadas. Me extendió el recibo con lentitud y me miró directo a los ojos:

—¿No ha pensado en vender el nicho?

Quizás fue una pregunta que ella había hecho varias veces. No lo sé. Durante más de una década yo había acudido a esa oficina a hacer mi pago, pero esta era la primera vez que la veía. Sus palabras abrieron con bisturí helado mi nuevo mundo real. Traspasó sin obstáculos y de un corte las capas de una historia añeja. Quedé expuesta y sorprendida por esa muchacha. Me había juzgado bien: la pregunta no me lastimaba, ya no había dolor, o no ese dolor en carne viva de quien apenas se ha convertido en deudo. Ya decía yo «mi nuevo mundo real», considerando que hubo uno viejo y tan lejano, tan terrible, que era imposible.

No sabía que se pudiera vender el sepulcro de alguien. ¿Quién querría comprarlo? El otro pariente cercano que había muerto en mi familia era la abuela. La enterraron. No se acostumbraba cremar los cuerpos. Y si alguien le hubiera preguntado a mi madre si quería vender el lugar donde yacía el cuerpo de la abuela... ni pensarlo.

Es probable que mi cara delatara lo absurda que me parecía la pregunta. La muchacha siguió:

—¿Sabe? Mis padres ya son viejos y quiero regalarles un nicho aquí, es un lugar bonito. Ellos estarían tranquilos.

Un lugar bonito, repetí mentalmente. Me volví a mirar el camino hacia el columbario, a través de la ventana de la oficina. Lo recordaba vagamente. En los días del duelo prácticamente me arrastré para llegar a cualquier parte. Durante el velorio y la misa y todo lo que hubo de hacerse, la gente me tomaba del brazo para levantarme, sentarme, llevarme a comer, a acostar, y yo iba a todos lados con los ojos bien abiertos y bien secos pero sin mirar nada realmente. Increídula.

Miraba hacia otro lugar, lleno de una luz intensísima que me hería. Tanto que no podía ver. Buscaba un recuerdo específico en esa ráfaga blanca que era mi memoria de nueva viuda. Flotaba en un tiempo cero: de ahí en adelante la vida con Aldo sería pasado. De ahí en adelante no habría más experiencias para sumar, y lo que olvidara, se perdería

irremediablemente. Sólo quedaba yo para saber qué había sido entre ambos, qué había significado nuestro tiempo juntos.

Mientras más me esforzaba por encontrar aquel recuerdo, más dolor sentía. Pero no aparecía ese momento preciso que buscaba: ¿cuándo habíamos hecho el amor por última vez? ¿Por qué no podía recordarlo?

Capítulo 2

Después de que depositamos en la bóveda las cenizas de Aldo dentro de su preciosa caja de madera, junto con otras cosas que sólo yo sabía qué eran, durante trece años sólo había ido al cementerio a pagar la cuota anual.

En su momento me había dolido profundamente la inscripción en la placa metálica, una especie de lápida que cubría el compartimento, pues estaba mal escrita. Alguien modificó el verso que copié de Quevedo, aquel que aludía al amor de las cenizas. La transcripción tenía faltas ortográficas. Y para peor, al grabar la poesía sobre la placa de bronce, alguien se tomó la libertad de prometerme un encierro eterno junto a la urna de Aldo con las siguientes palabras y sin ningún error: «Familia Ocampo Dumas». El primero era su apellido, del hombre vuelto cenizas, y el segundo era el mío, el de su mujer sobreviviente. Ni él ni yo habíamos cumplido los treinta años.

Qué bella muestra de lealtad, me dijo alguien al leer aquello, como si hubiera sido una ofrenda mía. Como si yo hubiera querido caerme muerta ahí porque sin Aldo no iba a poder seguir viviendo.

Así me sentía.

Pero nunca lo habría escrito con letras de bronce.

—Déjeme ver —le respondí a la muchacha que acababa de ofrecerme el negocio de vender el nicho de un muerto—. Déjeme ver —repetí, y yo misma no sabía qué significaba eso.

Ella quiso comprender que quería *ir a ver* y salió enseguida del mostrador, le encargó la oficina a su compañera y caminó a mi lado con las llaves listas para entrar en la sección de los nichos. Como años atrás, me dejé llevar.

Primero abrió la puerta de la capilla. Sonreí involuntariamente. Volví a escuchar a la madre de Aldo insistiendo para que se oficiara una misa a la que no tuve fuerzas para oponerme:

—Pero él era ateo —les había advertido, aunque nadie escuchaba.

El sacerdote ofreció una misa que fue interrumpida por el timbre de su celular: a todo volumen se escuchó tantarán tantán tararán tantán... la melodía de *El llanero solitario*.

Subimos por unas escaleras estrechas y desembocamos en un amplio salón de altas paredes en las que se hallaban perfectamente trazados y

distribuidos los compartimentos. Parecían las cajas de seguridad de un banco, o más precisamente: apartados postales. La luz caía suave atravesando un domo y se podían apreciar los mensajes de amor grabados sobre las placas, las despedidas, los nombres de las familias.

—Cabén dos personas sin estorbarse —dijo la muchacha, como quien enseña un condominio.

—Dos urnas —murmuré.

La chica puso a funcionar el mecanismo de una fuente que se hallaba en el centro del recinto. No sólo comenzó a manar agua, además brotaba de allí un *Stabat Mater*.

—Para muchos es una esclavitud esto de mantener un nicho. Figúrese que quiere irse a vivir a otra ciudad, o más lejos, a otro país. No puede pagar por adelantado, cada año el municipio dice cuánto subirá la cuota. Sólo que usted le pidiera a alguien, de favor, que le ayude a hacer los pagos, ¿no?, pero a la gente se le olvidan estas cosas... si supiera a cuántos han abandonado. Un buen día los van a desalojar. Total, ya están muertos.

Se quedó en silencio. Volvió a hacer un movimiento curioso, una especie de tic: se arreglaba el flequillo mecánicamente, lo alaciaba y luego lo revolvía. Era muy joven.

La música me entristeció. Pensé que a ella le ocurría lo mismo, pero dio un giro enérgico y comenzó a señalar a los olvidados.

—Ahora verá: ese de allá era un notario muy rico, murió hace diez años. Les dejó todo a sus hijos, ¡heredaron la notaría y ni se paran por aquí! Esta de acá, era una señora que dejó marido joven e hijos chicos, bueno, el señor se abrazaba a la caja de muerto, no quería dejarla ir, ¡se desmayó!, hace nomás dos años... ni sus luces. Aquí hay dos, eran apenas unas criaturas, entraron juntos al crematorio... Los niños quedan listos en cuarenta o cuarenta y cinco minutos. Pero los adultos tardan hasta tres horas.

No comprendí de inmediato a qué se refería. Luego supe que hablaba del tiempo en que los cuerpos arden hasta convertirse en cenizas.

Esa chica no había perdido a alguien cercano. Juzgaba a los deudos porque no volvían a llorar al cementerio, como si esa fuera la única manera y el único sitio donde expresar tanta pena. Qué diría de mí: volví a casarme y tuve un hijo. ¿Acaso no había leído yo, insensata, que mi lugar estaba junto al marido muerto? Daría tanto porque ese lugar no existiera.

Pasé los dedos sobre la placa de mi difunto, tomé nota de los errores ortográficos, de la claridad con que figuraba ahí mi apellido. Volví a lamentarlo. Cuántas veces cualquier persona tiene a la vista el sepulcro

que le espera. Dumas era el mismo apellido de mi hijo, un niño que ni soñaba con que su madre tuviera un pasado: para mi hijo yo había nacido el mismo día que él.

Todo estaba mal con esa placa, y aunque fueran letras de bronce sentí que había que corregirlas. O borrarlas. Destruirlas. Volar todo, el nicho, la sala, la fuente. Un pequeño apocalipsis con el *Stabat Mater* de fondo. Se me escapó un suspiro. La muchacha dijo que me dejaría sola.

—No hace falta —respondí yendo tras sus pasos.

Regresó para apagar la fuente. Se alació el flequillo.

—Sólo la ponemos a funcionar cuando hay visitas... El sonido del agua está bien. Pero no sé si es porque ya oí mucho la musiquita, ¡me tiene hasta el cepillo!, como que falta variedad. Si un día están aquí mis papás la voy arreglar. A ellos les encanta el sonido del agua. También les gusta bailar, sobre todo pasito duranguense.

Miré el reloj. Iba a llegar tarde a recoger a mi hijo en la escuela.

La muchacha me anotó a toda prisa su número de teléfono celular en un papel, un anuncio sobre la promoción de venta de nuevos lotes en Jardines de la Paz. Así se llamaba el cementerio.

—Si se anima a venderlo, hábleme.

Capítulo 3

Negro, como eran esas mariposas a las que mi mamá les tenía pavor. Aparecían en las esquinas de la casa, en el techo. Las alas bien abiertas, señoras de los ángulos, soberanas del silencio. Mi mamá primero se reponía de la impresión de encontrarlas y luego las ahuyentaba con una escoba. Era una labor delicada en la que debía contenerse y dosificar energía. Ella quería hacer pedazos y machacar esas perfectas alas aciagas, pero la superstición era que si mataba a las mariposas estaría confirmando el anuncio de muerte que su aparición traía. Así que les daba suaves empujoncitos, despacio, hasta verlas recoger los flancos y marcharse con desgana, pesadas, como cumpliendo un capricho pero sin estar dispuestas a conceder más. Ese momento en que se iban me fascinaba: parecía que al aire le salían ojos que abría y cerraba violentamente, ojos de párpados negros que luego volvían a posarse en otra esquina de la casa.

Vigila, Laura, me encargaba mi mamá. Y esa tarea se volvió mi juego favorito: seguir las, encontrarlas, mirarlas tratando de adivinar de dónde venían, si atravesaban bosques enteros, paisajes en la niebla, campos radiantes, sólo para llegar a mi casa. Al ir tras ellas vi que no eran del todo negras: si la luz las alcanzaba podían verse púrpuras, verdes o rosas. Quería saber si eran el revés de las grises palomas mensajeras, si salían de grietas profundas en la tierra, porque del cielo no podían enviarlas. Dios no envía la muerte, ¿o sí? Ellas eran sólo mensajeras, ¿de parte de quién?

Mi mamá, a pesar de que se dedicaba a responder preguntas a los niños en la escuela, no tenía ganas de buscar respuesta a las mías. Sola con mis abundantes preguntas, no delataba la presencia de las mariposas. Les hacía dibujos en mi cuaderno de hojas grandes de cartulina. Una página de cartón, otra de papel de china. Sin colores, sólo el grafito afilado volaba sobre la superficie blanca. Gama de grises, mi infancia.

Nadie murió en la casa, donde yo me enamoré de esa indumentaria oscura. Donde miré asombrada el horror de mi mamá, casi siempre inexpresiva y dueña de sí misma. Una mariposa funesta la convertía en una desconocida.

Ella sola mantuvo alejada la tragedia con una escoba.

Años después, yo no logré hacer eso mismo en mi casa.

Capítulo 4

Cuando no puedo dormir, soy una especie de memoria de la noche. Si a lo lejos alguien lanza una piedra, el eco del golpe en la tierra resuena en mi cuerpo. Los cadáveres vivientes de la noche me visitan, entran por la puerta de mi casa, sonrientes con su mueca rota, la quijada desprendida, vienen por su limosna de eternidad. Necesitan ser recordados.

En cuanto a Aldo, él parecía desear todo lo contrario. Como un ave simple, uno de esos pájaros grises y cafés que apenas gorjean lo indispensable: fijos sobre los cables de la luz, nadie se detiene a mirarlos. Como los pájaros solitarios de san Juan de la Cruz: sin determinado color y de canto suave. Invisibles, diríase.

Cuando intenté dismantelar el departamento en que viví con Aldo me asombró lo ordenado que él había sido y qué poco había reparado yo en eso. Sus álbumes de fotos estaban cronológicamente apilados y unidos por una cinta adhesiva. Para su correspondencia amorosa le había bastado una caja de zapatos.

En el armario, sus tres pantalones y algunas camisas estaban planchados y ordenados, todo en los mismos tonos: blanco, negro y gris. No le importaba mucho su apariencia o no quería ser percibido. Su afección congénita en los ojos, el desprendimiento del cristalino, lo había volcado siempre hacia otros aspectos menos visibles y tangibles, más bien íntimos de las personas.

Aldo, visto por sí mismo, hubiera sido una mancha agradable, sin colores estridentes, moviéndose con la elegancia oriental de quien conoce cada arista de su espacio vital y se desliza sin apenas tocar las cosas. Como si estuviera en ellas y no en su periferia.

También me pareció que tenía poca ropa y lamenté no haberle regalado la camisa del Cruz Azul que tanto deseaba: esa era su única extravagancia, tan común en tantos hombres, la pasión por el fútbol, la lealtad a su equipo del que no se perdía un juego. Generalmente los partidos eran los sábados, excepto los de la final, que podían agendarse entre semana aunque por la tarde o noche, de modo que los aficionados llegaran a los bares o a sus casas y pudieran beber y comer frente al televisor. Para mirar los encuentros, Aldo cambiaba de anteojos. Tenía dos pares igualmente gruesos, los dos le agrandaban mucho los ojos y si quería leer debía usar unos; si quería ver la televisión o andar por la calle, los otros. Cuando el partido se volvía tedioso, combinaba la lectura del periódico o de un libro con el juego, y era un cambiar de anteojos constante.

Ahora no sé en dónde quedaron esos lentes. Sólo recuerdo que después de su muerte los traje en mi bolso de mano durante muchos días, porque sabía lo importantes que eran para su dueño; sin ellos estaba paralizado y herido, como un insecto cazado. Así que no podía descuidarlos, en caso de que él los necesitara.

Sí, en caso de que los necesitara. Por eso durante algunos meses seguí pagando el alquiler y conservé el departamento tal y como estaba, como en esa canción de Juan Gabriel, *para que tú al volver no encuentres nada extraño* ... Esperaba que él volviera. No estaba loca. Lo que sí es una locura es que una persona desaparezca de un día para otro sin llevarse nada. Y sin embargo, llevándose todo.

Me convertí en un diapasón que oscilaba entre sus cosas y su ausencia sin encontrar un centro. Y sin comprender, porque en el fondo los que han perdido a alguien amado no terminan de asimilar la mutilación nunca. Traté de organizar la mudanza al menos tres veces. Quería separar lo que era mío de lo suyo. Paseaba con las cajas de cartón de aquí para allá, pero no lograba guardar nada. ¿Por qué razón iba a mudar de vida? ¿A dónde debían llevarme los objetos, las cosas que terminan habitando a sus dueños? No comprendía.

No me negaba a aceptar su partida, yo sabía lo que estaba pasando. Sabía que no quedaba de otra: vi su cuerpo en la plancha del anfiteatro, desnudo, su delicada piel blanca. Casi no cabía de tan largo como era en esa plancha estándar. Yo sabía. Pero era invencible la costumbre de sentirlo a mi lado. La rutina encerraba un amor profundo hacia sus movimientos, su voz, las tardes en que desde la cocina lo veía leer casi pegando el papel a los ojos.

Desacostumbrarme era lo que faltaba.

Y también había que fingir un poco, esquivarla, ella está ahí, sigue ahí, no se ha ido del todo, no se va nunca, la depredadora.

En el fondo sabía que quitar de nuestro departamento las cosas que fueron de él sería más sencillo: casi todo iría a un hospicio que organizaba bazares para recaudar fondos.

Lo inesperado fue mi estupor ante la decisión de qué hacer con *mis* cosas. Ya no sentía que fueran mías. Todo había cambiado: ahora era viuda. El mundo era otro pero yo no. Seguía enamorada de un hombre que ya sólo era un montón de cenizas cuidadosamente guardadas en una bella caja de madera de lináloe que encontré por puro azar, porque la familia de Aldo se empeñó en que yo eligiera la urna funeraria.

—Será su última morada, Laura —murmuró en mi oído su padre—, te ayudaremos.

Fue casualidad encontrar esa artesanía guerrerense, una perfumada caja de copal florido, en el lugar al que me llevaron los amigos, el padre

y las hermanas de Aldo, que sí podían llorar y lo hacían todo el tiempo; la colonia Diez de Abril era famosa por sus numerosos locales donde se hacía la peor cerámica del mundo. Querían que yo eligiera una urna de talavera, me concedían ese derecho porque era la esposa: todavía tenía yo un nexo mucho más cercano que nadie con Aldo. Porque él me había elegido. Y la familia, como todos saben, no se escoge. Así, yo tenía una plusvalía en el difícil mercado de los afectos funerarios.

Había series interminables de figuras del Pato Donald y Mickey Mouse con ranuras para alcancía, macetas de todos los tamaños y formas, figuras para recordar bautizos y quince años. Uno de esos locales tenía esta caja de madera perfumada, fabricada por un artesano anónimo al que agradecí en silencio el fin de ese itinerario infernal en que todos confundían urnas con recipientes para espagueti y los traían hasta mí, con la cabeza inclinada, como una ofrenda, en espera de ser aprobados para poder decir que habían encontrado la mejor «última morada de su amigo».

Yo sólo podía preguntarme cuándo, sin saber que era la última vez, habíamos hecho el amor. Abracé la caja y salí a la calle. Nada podía ser más absurdo: la búsqueda de ese luminoso recuerdo al lado de Aldo, mientras en los brazos llevaba el recipiente para guardar sus cenizas.

Un desconocido talló con sus manos la madera perfumada hasta darle forma a esa póstuma habitación. Y luego alguien, la última persona que vio el cuerpo de Aldo, encendió el horno crematorio, ese otro desconocido reunió sus cenizas, sus preciosas cenizas que pesaban como las lágrimas, como los sueños, como la última palabra de Aldo, si es que antes de partir de veras dijo lo que yo creí escuchar.

Capítulo 5

A veces la vida podía ser eso, una superficie de agua quieta.

Cuando algún problema nos acosaba solíamos ir a pensar a ese lago, subíamos a una lancha, pedaleábamos un rato y bajo las frondas de los árboles nos deteníamos, suspendidos en ese espejo. Ajenos a la tierra y sus exigencias impostergables.

Echábamos la cabeza hacia atrás para mirar el cielo, el trazo del vuelo de los pájaros. Era como un ritual que, una vez realizado, haría que el problema dejara de existir.

Pero esa vez parecíamos incapaces de encontrar las palabras necesarias. A mí, por otra parte, me convenía el silencio. Yo tenía un amante. Creí que ese era nuestro problema.

Tomé a Aldo de la mano y en silencio le prometí que se acabaría aquella aventura. Aunque esa aventura existiera desde antes de que lo conociera a él. Tal vez por eso no sentía culpa, no me permitía el melodrama de la confesión inútil. Pero me gustaba la idea de sacrificar algo en beneficio de *nosotros*.

Sólo que las palabras no surgieron. Él no pidió que algo cambiara. Yo no formulé la promesa. Aldo no exigía nada. Veía crecer su tristeza y le buscaba explicaciones. Pensé que él no sabía cómo preguntarme, cómo exhibir su descontento, acusarme.

Cuánto me equivocaba.

Puse mi cabeza sobre su pecho tibio. Olía a leche dulce. Era como un niño, dulce y egoísta. No quería saber nada de mí si eso no tenía que ver con él. Vivía en una penumbra donde necesitaba delimitar perfectamente el mundo y sus detalles: la ceguera lo rondaba desde que nació, una caída —decían los médicos—, un golpe fatal y se quedará ciego. Se cuidaba. Jamás corría riesgos. Calculaba cada movimiento.

No deseaba tener hijos, detestaba la posibilidad de que alguien más dependiera de él o, peor, de mí. Alguien que demandara mi atención y me apartara de su lado. Fui su hermana, su madre, su mujer. Antes de casarnos me advirtió que no quería tener hijos y yo respondí, sin pensarlo siquiera, que tampoco quería.

Sobre el lago, con los ojos abiertos, dentro de los cuales el cristalino siempre estaba a punto de desprenderse, suspiró hondamente. Con la cabeza echada hacia atrás dijo, muy despacio:

—Qué cansado estoy.

Me contó que estaba pensando en dejar el trabajo. Estaba harto de corregir los artículos de los investigadores para el boletín del Instituto de Matemáticas Aplicadas. Tal vez regresaría al periodismo. O quizás daría clases, como yo. No estaba seguro.

Extendió las manos, me las mostró.

—¿Has visto que casi no se ven las líneas de mis manos? ¿No es como si careciera de destino?

Sus manos eran grandes y finas, de movimientos suaves. Miré. Era cierto.

—Lo que no puedo recordar —siguió— es si las líneas nunca han estado ahí o se han ido borrando.

Acercaba mucho las manos a sus ojos, como cuando leía y parecía sumergirse prácticamente entre páginas y papeles.

Volví a apoyar mi cabeza sobre su pecho. Mi oído atento. Mi deseo de contenerlo, de allanarle el camino, de arreglar lo irreparable. Como cuando uno quiere el mundo perfecto para un hijo.

Mi oído en su pecho.

Capítulo 6

Me había sentido fuerte y capaz, pero cuando entré por segunda vez al departamento, ascendí un nuevo peldaño en la escala del dolor. Cada objeto me dirigía una misma interrogante. Era el clamor de las cosas que saben durar mucho más que una persona. ¿Cuántos dueños pueden tener un sillón, una mesa, una vajilla? Y su clamor también quería contarme todo lo que allí había sucedido en nuestra ausencia, porque al fin Aldo y yo abandonamos el departamento el mismo día. Todas las cosas me decían cómo temblaron los vidrios con las tormentas de la temporada de lluvias, cómo se había puesto el sol iluminando aquellas cortinas, cómo el polvo se había ido asentando suave y memorioso en cada mueble, cuántas veces había crujido la madera.

Escuché una especie de repicar de campanas de distintos tamaños y registros esperando por mí. El portazo que di al entrar no lo acalló.

Mecánicamente, llevada por mis pies y la resequedad en la boca, fui hacia la cocina sin detenerme a recoger los sobres con correspondencia, recibos, publicidad, pagos pendientes acumulados en el suelo. Las plantas se habían marchitado. Tomé un vaso y lo llené con agua del garrafón: el sabor no era grato, algo metálico, pero aun así la bebí toda. Pensé en aquellas palabras grabadas en bronce que me confinaban por toda la eternidad junto a Aldo.

Capítulo 7

Abrí el armario y vi lo poco que había de él y lo mucho que yo acumulaba. Sentí que me volvía pequeña. Acucillada conté los pares de zapatos. Él sólo tenía unos tenis y unos mocasines que compró a instancias mías. Doce pares me pertenecían.

Tan pocas cosas las de aquel espartano marido.

Hubiera querido olvidarme de todo lo acumulado en ese departamento. Se me ocurrió que si esto fuera Estados Unidos, donde hay grupos de autoayuda para cualquier mal del alma o del cuerpo, seguramente habría encontrado la manera de dar con otra viuda, más o menos de mi edad, más o menos con mi talla, para ofrecerle un intercambio de ropa, de zapatos, que incluyera lo de nuestros respectivos difuntos. Yo le confiaría mi memoria amorosa y ella dejaría a mi cuidado la suya. Un intercambio también hecho de hornos de microondas, de sábanas y cortinas: todo el menaje que hubiera acariciado la existencia de nuestros muertos. Eso sí sería empezar de nuevo.

El administrador del edificio me había pedido de plano que vaciara el departamento. Dijo que sabía que no me convenía seguir alquilándolo y que ya tenía a alguien interesado.

Necesitaba ese empujón.

Capítulo 8

En un esfuerzo por racionalizar lo que me sucedía, pensaba en lo natural que era *morirse*. Y cómo cada criatura tiene sus propios rituales: para una araña viuda negra, que se devora al macho, sería antinatural que le quitasen el cuerpo yerto de su compañero para incinerarlo. Ella ha de rodearlo muchas, muchas veces con su fina tela. Lo conservará el tiempo necesario hasta asimilarlo en su carne y sustancias más íntimas. Es su manera de vivir el duelo.

Tomé una bolsa tamaño jumbo y comencé a arrojar los zapatos de Aldo y los míos juntos, igual que la ropa. Sólo me detuve un instante, cuando tuve en las manos mi vestido de novia, guardado en su funda. Lo eché a la bolsa: todo iría a una fosa común. Al bazar de los niños huérfanos. El olvido para los olvidados, ¿qué harían ellos con ese vestido?

La luz de la tarde entraba por las ventanas. Escuché a las cigarras cantar pidiendo la lluvia. A esa hora volvía él de la oficina. Me asomé por la ventana, buscando algo, a alguien que nunca más estaría al alcance de mis ojos. Sentí la angustia contorsionarse en mi estómago y un zumbido me llenó los oídos.

Fue llegando la noche; yo sólo había paseado por el departamento dejando bolsas a medio llenar. Tenía frío y me dolía la cabeza. Encendí la luz. Nadie en el mundo sabía dónde estaba; podría, en ese instante, estar en un sinfín de lugares. Ahora era una mujer que exigía a sus amigos y parientes, todos profundamente condolidos, que me dejaran en paz.

Ahora era una mujer con dos casas: ese departamento intacto desde la muerte de Aldo, y el pequeño bungalow rentado, casi vacío, a excepción del *sleeping bag* en que dormía. Ese lugar del que había salido con la firme idea de echar en bolsas los restos del naufragio para ponerle fin al duelo, sabiendo que esas cosas no se decretan, pero con la rabia suficiente para ignorar cualquier otra posibilidad.

Tocaron a la puerta. Me asomé por la mirilla, era un policía. Tuve un escalofrío, recordé que a la muerte de Aldo me llamaron para hacer declaraciones en el Ministerio Público, de acuerdo con el trámite obligatorio. Cómo sucedió todo, dónde estaba yo, qué hacía, qué escuché. ¿Sintió que él se cayó o escuchó que se cayó? Ya sé que todos están diciendo que se cayó, señor, pero esa es una muerte muy estúpida; hay que ser imbécil para tropezar con la cubeta que uno mismo pone bajo la regadera para que no se desperdicie agua. Aldo se preocupaba por el medio ambiente. Los domingos salía a caminar y llevaba una bolsa de plástico, ¿usted llevaría un perro, no?, pues él se llevaba a pasear una bolsa para recoger la basura que la gente tiraba en las calles, porque le encantaba hacer cosas así. Es el hombre más

inteligente que conozco, una cubeta no lo iba a matar. *Su suegra me pidió que le preguntara si él le dijo algo antes de morir.* No sé. Si dijo algo, no lo escuché por la música en el estéreo... *Claro, y por el ruido del agua en la regadera.* No, él alcanzó a cerrar la llave. ¿Qué cree que pasó entonces, señora? Creo que él estaba muerto cuando cayó al suelo. ¿Cómo lo *sabe*? No es que lo sepa, licenciado. Supongo que tuvo un aneurisma o un infarto, eso es lo que dice el acta de defunción: probable cardiopatía o accidente cerebrovascular. ¿Por qué solicitó la dispensa de la autopsia, no quiere saber lo que le pasó realmente a su esposo? ¿Ya sabe que Aldo es ahijado del secretario de Gobierno? Se lo digo para evitar más trámites: no le van a hacer ninguna autopsia, no van a lastimarlo más: él odiaba las agujas. *Señora, usted un día va a querer saber lo que le pasó a su esposo.* Mi esposo murió, eso es lo que le pasó. ¿Y a usted qué le pasó en los brazos? No sé... Parece que me rasguñé con algo. ¿No se habrán peleado? Ay, licenciado. Aldo no podía pelear con nadie. Yo solía decirle que no le haría daño romperle la cara a alguien, lo que a Aldo le pasaba es que él era su único adversario.

Abrí la puerta. El oficial saludó y me dijo que estaba buscando a mi vecina de enfrente, la jueza. Yo no sabía a qué se dedicaba. El policía señaló por encima de nuestras cabezas, en el techo del pasillo pero del lado de mi departamento.

—Esas sólo traen mala suerte.

La mariposa extendía sus alas, recién se acomodaba. Tarde, muy tarde. ¿Cómo sería tenerla entre mis manos? Una aterciopelada vida que anunciaba la muerte.

Tal vez el policía quería que le diera las gracias, de todos modos no tardó en hacer su solicitud:

—Señorita, no puedo esperar a la jueza porque ya es mi cambio de turno, ¿le puedo dejar algo para ella?

—¿Un recado?

—Una evidencia, espéreme tantito, ahorita se la traigo... muchas gracias... si no se la entrego hoy a la jueza me corren... —decía mientras bajaba corriendo las escaleras.

No pude explicarle que yo ya no vivía ahí, que ya me iba: volvió jadeante.

—Mire, nomás es una tina de vegetal.

Tomé un poco entre mis dedos para confirmar lo que parecía.

—¿Esto es marihuana?

—Sí, no, bueno, es una evidencia...

—Discúlpeme, pero no puedo.

Cerré la puerta. Esperé a que se fuera, espí por la mirilla y luego salí a ver. Me hubiera caído más que bien quedarme con un poco de la yerba. La mariposa también se había ido.

Capítulo 9

¿Qué recuerdo se grabaría en mi hijo si lo llevara de viaje al mar y de pronto me viera tomar la caja de madera en la que están las cenizas y los pequeños objetos guardados, abrirla con extremo cuidado y vaciar todo sin más al oleaje infinito? ¿Y si sucede lo que en aquella película y el aire nos devuelve todo, cada partícula antiguamente amada, cómo sería que esas cenizas cubrieran a mi hijo, que ni siquiera imagina que antes de su padre viví con otro hombre, que ese hombre murió hace años y que son sus cenizas las que hoy le oscurecen el mar y se le pegan a la piel y le escuecen en los ojos?

Mi hijo es un niño que nada tiene que ver con esas partículas de vida anterior. Y tal vez no opinaría nada ahora, pero algún día, en el futuro, podría preguntarme qué diablos hacíamos echando cenizas a las olas. O más aún: descubrirá solo, con el talento de los niños que miran persistentemente y atan cabos, lo que hay en mi pasado. Lo sabrá y sentirá tristeza y adivinará qué era lo que yo entregaba al mar entonces. Y esa será una tristeza que no lo abandonará nunca, como pasa con esos sueños ante los que nuestros padres han claudicado, pero que siguen inoculando en sus hijos sin darse cuenta.

Además, cómo hacer ese viaje, por corto que sea, incluso al mar más cercano, sin dar explicaciones a mi marido. No puedo decirle, no sabría cómo. Yo detesto dar explicaciones, prefiero decir mentiras. En dos segundos tengo ya armado el escenario, los personajes, los tiempos.

Ir al mar con Emilio. Y luego pensaré en qué voy a decirle sobre nuestro viaje. La verdad, por ejemplo. Que a veces las personas tienen más de una vida. Esa ilusión de que ya encontramos un camino que recorreremos junto a alguien y que será para siempre. Pero a veces algo sale mal. Por eso existen los divorcios, las separaciones, las viudeces.

Y también, mucho antes, esta otra cuestión: ¿qué le diría yo a los padres de Aldo? Un día se encontrarán con que la maldita placa y su poema mal grabado ya no existen. Leerán otros nombres, los de los padres de la administradora del cementerio. No habrá *Stabat Mater* sino pasito duranguense. Me agujonea imaginarlo: sería como perder por segunda vez a su hijo.

Cuando un hombre y una mujer se unen, todos los demás resultan secundarios. Pero él murió. Quiere decir que la muerte se lo devolvió a su madre. ¿O fue más bien mi segundo matrimonio el que me dejó sin derecho a esas cenizas?

¿Quién tiene derecho a ellas?

Parece que sólo es cierto que, pase lo que pase, voy a tener que dar explicaciones.

Puedo hacer otra cosa: acobardarme hasta el fondo, dejar de venir al cementerio. Decidir que ya no tengo nada que ver con ese nicho. El vínculo se rompió, yo ya no soy la mujer de Aldo. Mírenme todos de la mano de Emilio. Soy mujer y madre en *otra* vida.

¿Qué podría pasar si abandono el nicho? Cerrar los ojos a ese pasado. Dejarlo todo en el pasado. Por mucho que, grabado en esa placa, mi apellido me llame, nada de eso es mío.

No hay urgencia. ¿Acaso mis pagos puntuales de la cuota de mantenimiento lo revivirán? Es como pagar la renta de un apartamento vacío.

Yo no gano nada viniendo y él no pierde nada si dejo de venir.

No sé qué es lo mío, lo más mío en este ajuste al que he llegado, tenía que llegar.

Capítulo 10

¿Sería esa su última palabra? ¿Fue un acto amoroso o sólo un llamado de auxilio?

No es cosa de saber, sino de optar por la razón que necesito. Quizás fue sólo un ruido postrero, otras veces me dice adiós llamándome a su lado.

Su madre, trastornada, me preguntó muchas veces si antes de morir se acordó de ella. Antes no la comprendía, me parecía necia y de plano loca como una cabra: cómo diablos se imaginaba que yo podía saber eso. No dijo nada antes de morir, le respondía invariablemente, guardando para mí aquella palabra que me hizo levantarme de mi lugar frente a la computadora mientras él caía. Ya estaba de pie antes de escuchar cómo Aldo se derrumbaba sobre el suelo, al lado, en el cuarto de baño. Estaba de pie porque escuché una palabra clara que atravesó la música salvaje del disco en el estéreo, por eso me levanté, por eso cuando oí el golpe de la caída ya iba hacia él.

Y luego todo se lo llevó un aire muy oscuro.

De un momento a otro dejó de ser importante lo que le ocurría a Aldo: ya no le podía ocurrir nada, fue inútil que llegaran los paramédicos, fue inútil que mis ojos se clavaran en su cuerpo blanco y largo; mis ojos que se empeñaron en ir espiándolo en la ambulancia que lo transportó a la morgue; mis ojos que esperaban una mínima señal de vida, mis ojos que se despidieron de él, vencidos, en esa plancha que era corta para ese cuerpo que rebasaba la estatura promedio; mis ojos que no podían llorar ni se cerraron nunca más para dormir un sueño tranquilo.

Pasaron cosas de las que no supe hasta que me dolieron en la piel. Había luchado para moverlo, para reanimarlo, no sé qué quise hacer, pero mis codos y rodillas tenían las huellas de mi batalla sobre los pequeños e irregulares azulejos del baño. ¿En qué momento corrí al teléfono, llamé a la ambulancia, dejé la bocina descolgada...? Corrí porque no podía dejarlo solo, como a un niño pequeño al que no se puede descuidar, cuánto tiempo pasó, lo abracé, lo rodeé, le di mi respiración por la boca, le pegué en el pecho con los puños cerrados como he visto que hacen para resucitar a alguien que cae inconsciente, lo abofeteé, me sorprendí rezando un padre nuestro, rezaba y lo tenía en mis brazos mientras él partía, y luego, cuándo, cómo acomodé su cabeza sobre el suelo de azulejos. Me levanté para abrir la puerta y una ola inundó la casa, nuestra casa. El despojo fue total.

Ya no iba a abrazarlo nunca.

Capítulo 11

Levántate y libérate de esto, por favor, rogué cuando en el cementerio me permitieron entrar a una sala especial para ponerle la camisa del Cruz Azul antes de que lo metieran en el ataúd. Estaba acostado sobre un tapete plástico en el suelo y yo quería que se levantara como un Lázaro bíblico. El embalsamador me dejó sola.

Era mi último gesto romántico:

—Yo quiero vestirlo —dije.

Antes, cuando pidieron mi autorización para evitar que el cuerpo se deteriorara por el terrible calor de mayo, tuve que firmar un consentimiento. Me arrepentí de haberlo hecho cuando me informaron que el método era inyectarle formaldehído. Él sentía terror por las agujas. Ya no le dolerá, ¿verdad?, me consulté en voz alta. El hombre de los servicios funerarios alcanzó a escucharme y tuvo a bien responderme, como si fuera una niña de cinco años:

—Claro que no, él ya está en el cielo.

Esto habría hecho reír a Aldo. Era un agnóstico feroz.

Qué podía saber yo de cadáveres. Sin embargo, creía saberlo todo de Aldo. Pedí que me dejaran sola, iba a vestir a mi marido. El encargado asintió con respeto, no sé si pensó que yo entendía lo que hacía o tal vez creyó que tenía que darme cuenta sola, que finalmente no estaba para que me dijeran que no o, menos aún, para que me dieran instrucciones.

En cuclillas, comencé a enrollar la camisa para meterla por su cabeza. Y fue lo único que logré. Su cuerpo estaba rígido y pesado. Pensé en escenas fallidas, en personajes ridículos que no logran elevarse a la tragedia. Volví a intentar que flexionara el brazo, pero fue en vano. Traté de levantarlo para maniobrar: era una losa. Su rigidez me aterró. Esa frialdad que irradiaba estaba a punto de hacerme gritar. No me salían lágrimas, pero tenía gritos contenidos en todo el cuerpo. Eso era de verdad la muerte. Yo no había hecho el amor con ese hombre de piedra.

La camisa del Cruz Azul, que ese año había ganado el campeonato frente al León, se arremolinaba en su cuello. No había expresión en su rostro, su boca pequeña y bien dibujada estaba cerrada suavemente. Los labios tenían una leve tonalidad morada, las mandíbulas tensas, como todo su cuerpo.

Un desconocido, un hombre muy lejano.

En ese momento me di cuenta de que realmente no lo había visto. Todo el tiempo llevaba su imagen en mi mente, miraba sobre mi hombro esperando escuchar su voz, que apareciera y me consolara. Por qué no estaba a mi lado en semejante trance, el peor de mi vida. Quería saber cuándo habíamos juntado nuestros cuerpos desnudos la última vez, que me lo dijera él. No me percataba de que Aldo estaba ahí mismo, incapacitado para siempre. Sus párpados cerrados, sin rictus. Casi plácido. ¿Los cristalinos seguirían en su lugar? ¿Esa fue la caída tan temida, la que lo habría dejado ciego? No pude terminar de ponerle la camisa. No tenía esa clase de fuerza. Pasé las manos sobre sus suaves mejillas. Heladas, en pleno mes de mayo. La misma piel blanca y fina de su madre. Aldo tendría que perdonarme, yo no iba a vestirlo para su último viaje. Tenía que irme de allí.

—¿Qué fue lo que dijiste antes de partir? —pregunté.

Alcé la mirada y encontré al desconocido. Esas cosas que uno nunca podría olvidar, esos gestos que el destino delega en seres anónimos, personajes fabricados para ser olvidados pero con funciones esenciales dictadas desde algún lado con suma concisión; casi sentía que a estos desconocidos ya les debía todo: el que me dejó acompañar a Aldo en la plancha de la morgue, el paramédico que se apiadó e intentó hablarme de la muerte con delicadeza, el artesano que labró con arte la caja de olorosa madera donde estarían siempre aquellas cenizas, y ahora este señor que me decía que no me preocupara por nada: él pondría la camisa.

Aunque, añadió, yo le voy al América .

Capítulo 12

Dije que no entendía a la madre de Aldo. Ahora que existía Emilio yo comprendía perfectamente esa necesidad de ser, de permanecer en el corazón de nuestros hijos: el miedo terrible de que no nos amen.

Mi suegra había sido educada, junto con su hermana, como una princesa. Su mamá alababa la piel blanca y los ojos claros de las niñas, lo distintas que eran de la gente morena del pueblo donde vivían. Las vestía de blanco, con encajes finos, para llevarlas a la escuela y a misa, aunque en el trayecto maldijera los caminos lodosos. Sus niñas fueron su parapeto: eran preciosas y esa belleza las distinguía, las separaba del resto, qué importaba que su padre fuera un hombre casado, de la ciudad, que las visitaba cada mes para darles dinero. Un día aquel padre lejano enviudó, se llevó a las tres a la ciudad y normalizó la relación con la madre.

Ella no estuvo de acuerdo con los maridos que eligieron sus hijas. Un muchacho que iniciaba un incipiente negocio en una farmacia, el padre de Aldo a la postre, y un comerciante en telas de Argentina. Ningún hombre merecía a sus hijas. Así que ambas bodas se realizaron sin su consentimiento, en su ausencia; la hermana de la madre de Aldo partió con su marido a Buenos Aires, donde nació su único hijo, al que una sola vez llevó a México para que conociera a su familia materna. Un recuerdo nebuloso. A diferencia del niño de los anteojos, que se mantenía al margen de los juegos de los demás, el primo trepaba por todos lados, corría, vadeaba el mundo, y dejaba siempre atrás al pariente que tenía algo especial en los ojos: así lo decía la familia. Bruno era el primo por el que un día Aldo iba a querer dar la vida.

Lo especial en los ojos de Aldo se volvió su salvación; entendió que sus pasatiempos debían acompañarse de quietud. Comenzó a leer los cómics de los periódicos. Luego siguió con *Simbad el Marino*, *Las mil y una noches*, *El libro de la selva*, *Oliver Twist*, y otro mundo nació para él, una manera de vivir todas las aventuras sin poner en peligro sus ojos. La conciencia de su fragilidad venía de las advertencias de sus padres, quienes habían ido y venido con el pequeño de especialista en especialista, de México a Houston, con el mismo resultado: la lesión congénita era inoperable. Más valía preparar al niño, pues antes de alcanzar la adolescencia quedaría completamente ciego. Muy temprano Aldo supo de su debilidad y supo también cómo sortearla. En la escuela regalaba dulces a los niños para que lo protegieran del juego rudo de los mayores.

La madre vio que Aldo maduraba rápido: ayudaba a sus compañeros en las tareas, cuidaba de sus dos hermanas menores, sacaba siempre las

calificaciones más altas y, según crecía ese hijo insólito, ella ponía en él todas sus esperanzas. Se volvió su confidente.

Fue al único al que le pagaron los estudios universitarios en la escuela más cara y prestigiosa. No sé si desconfiaron de la capacidad de las hermanas o realmente ellas no daban para tanto. Con enorme dificultad concluyeron el bachillerato y luego buscaron marido. Su madre decía que era mejor no invertir en una educación que no sabrían aprovechar.

Ella sabía que Aldo era incapaz de enfrentarse a su padre. Ella sabía, como saben los cómplices del tirano, que el miedo de Aldo hacia él tenía raíces hondas en una infancia donde el padre fue un dictador tan artero como impune.

Y ahora que los años habían transcurrido, pero no el tiempo del miedo, era cruel que le pidiera con tanto fervor a su hijo algo para lo cual lo sabía totalmente incapaz. Aldo nunca se enfrentaría a su padre.

Yo sabía que mi papel era el de observadora. No podía intervenir, hacer críticas, nada. Era una autocensura, me declaraba incompetente, tenía mis propios dobleces.

Así que la madre de Aldo venía a contarle sus penas, a pedir refugio unos días o, más bien, a escuchar lo que necesitaba: que su hijo sí la amaba y estaba dispuesto a hacerle un lugar en su propio hogar.

Antes del declive de su matrimonio y de su situación económica, los padres de Aldo viajaron solos por el mundo. Fueron a Pekín, El Cairo, París, Río de Janeiro. Los hijos se quedaban encargados con la abuela. De aquellas travesías volvían con regalos incomprensibles, como el que su padre le hizo a Aldo en cierta ocasión: una antigua pieza de metal que había servido a un emperador chino para extraerse el cerumen de los oídos, adquirida por un precio exorbitante a unas calles de la Muralla china.

Ávida de posibilidades que nunca elegiría pero que la ayudaban a sobrellevar su existencia, la madre de Aldo se sentía satisfecha con las propuestas de su hijo: podía venir a instalarse con nosotros o él le buscaría un lugar donde vivir y un trabajo para que se sintiera productiva. Esto la satisfacía y le permitía volver a su casa, donde tenía que seguir velando por sus preciosas posesiones; cada noche abría el alhajero y contaba las hermosas joyas que su esposo le obsequiara en épocas mucho más prósperas. Desde luego, contaba entre sus propiedades a aquel esposo al que nunca dejaría en libertad, igual que a Aldo y a sus hermanas, casadas con hombres que le parecían insuficientes, ambas expulsadas de su corazón puro, ablandado sólo para compadecerse de sí misma.

Capítulo 13

Tenía ganas de abrir el nicho para saber si sería capaz de sacar de ahí la caja que guardaba las cenizas, si podría de veras reunir algo más que coraje o valor, si podría reunir las razones suficientes, el recuerdo de lo que amé en una justa lejanía, una mezcla de todo esto que me permitiera asir la caja y llevármela, quizás no ese mismo día, pero sí otro, uno cualquiera en que me decidiera a salir del cementerio con la urna para subirme al coche y tomar la carretera sin escalas hacia el mar.

Tenía planeado volver al cementerio cuando mi madre llamó de última hora para decirme que no podía cuidar a Emilio.

Al llegar al cementerio mi hijo me preguntó qué había debajo de las cruces, le expliqué y siguió mirando fijamente.

—¿A qué venimos, mami?

Le dije que iríamos de visita al lugar donde estaba enterrado un familiar mío. No le mentía, en realidad.

—Ma, ¿está prohibido rascar en el tierrón para ver las cajas de los muertos?

Caminamos un rato entre las tumbas; Emilio quería mirar. Consiguió un pedazo de rama seca y comenzó a rascar en la tierra. El suelo estaba cubierto por una ligera gravilla. Tomé otra rama y jugué con él. Escribí mi nombre. Del surco nacieron otras palabras, ajenas por completo a los versos de Quevedo. Laura Dumas.

La muchacha se alegró de verme. Se daba cuenta de que yo estaba evaluando la situación en serio. Me dijo que no era tan sencillo abrir el nicho, se supone que uno no vuelve a abrir ese sitio a menos que vayan a depositarse las cenizas de alguien más.

—No es algo frecuente, hay que pedir un permiso, pero usted no se preocupe, somos amigas, ¿no? Es como una visita a su familiar. Yo lo arreglo todo, ¿trae la llave?

—¿Qué llave?

—Después de quitar la placa hay una cerradura, usted es la dueña del nicho y debe tenerla.

No recordaba ninguna llave. Aquello, todo, había sido un remolino, ¿quién pudo habérsela quedado? Sentí un vértigo sólo con pensar que tendría que preguntarle a sus padres, a sus amigos, ¡volver a verlos!

Alguna que otra vez solía encontrarlos en la calle o en el supermercado, disimulábamos y fingíamos no vernos. ¿Considerarían una traición a Aldo que yo hubiera seguido adelante, que no sólo permaneciera viva sino que desafiara la sentencia de aquella placa que casi parecía una promesa de seguirlo cuanto antes en su viaje infinito? ¿De dónde venía este juicio, en verdad, de lo que ellos podrían pensar o de lo que yo creía de mí?

Emilio me jaló el vestido.

—Tengo hambre, ma.

—Espera, Emilio —dije distraída.

—¡No quiero ninguna esperación! —advirtió.

Yo no tenía la llave porque no pagué por ese nicho. Aldo y yo atravesábamos por una crisis económica, él había renunciado al Instituto y sólo teníamos mi sueldo de maestra de literatura. Nuestros ahorros se habían agotado. Era el momento menos apropiado para heredar los gastos de un funeral. Alguien, no recordaba quién en esa nebulosa en que se había convertido el sepelio, había pagado y había puesto el nicho *a mi nombre* (y lo puso también en la placa); alguien que me unió para siempre a ese muerto y me hizo enteramente responsable de sus cenizas. «A mi nombre» significaba que yo tenía derechos, pero también el deber de velarlo hasta que lo alcanzara, no en la eternidad, sino en ese compartimento semejante a las cajas de seguridad de un banco o a un apartado postal; alguien, pues, consideró que un día también podrían atesorarse ahí mis cenizas, que pesarían lo mismo que pesan las lágrimas, los sueños o la última palabra de Aldo, si es que de veras dijo lo que yo creí escuchar que dijo antes de morir.

—¿Me oíste? —insistió Emilio—. ¡No quiero ninguna esperación!

Capítulo 14

Negro, como el vestido que nunca soñé pero que le encargué a la modista polaca. Le mostré una revista: quiero uno igual, le dije. Pero lo quiero negro. Ella hablaba un español más o menos claro y nada de inglés. No preguntó para qué ocasión era el pedido. Sacó de su delantal una cinta métrica, tomó mis medidas, me dio una lista de los materiales que necesitaba, clavó sus ojos profundos y azules en mi talle, me hizo dar dos o tres vueltas, y luego pareció recordar algo de suma importancia: corrió a encender la televisión.

Control en mano buscó el canal donde transmitían una carrera de coches. Subió el volumen y sacó de nuevo la cinta métrica.

La modista polaca era famosa porque le confeccionó un vestido a Lady Diana a pedido de la embajada inglesa en México. ¿Para qué ocasión? Nadie lo sabía. Pensándolo bien era una historia extraña que la costurera nunca contaba, pero tampoco desmentía; así se había ganado muchos clientes. Y eso que Lady Di aún vivía.

Hice un ligero arreglo al vestido, lo dibujé con un plumón sobre la hoja de la revista. Un capricho. Quería que tuviera mangas amplias, que cuando extendiera los brazos pareciera que se abrían alas. En todo caso, me pareció menos cursi que aquellas mujeres que en verdad se ponen alas en la espalda. Y al fin era problema de la costurera de Lady Di que el vestido guardara armonía y buen gusto.

Mientras yo acudía puntualmente a mis citas con la modista, mi novio sencillamente buscó en dónde rentar un esmoquin; hombre práctico, de gustos sencillos, nunca me preguntó cómo sería mi ajuar. El vestido que duraría mucho más que nuestro matrimonio.

Quizás desde niña, cuando seguía esas mariposas, ya era una viuda en estado larvario.

Capítulo 15

Un río era el principio del pueblo de mi tía Noemí. Después de cruzar el puente comenzaba una cuesta que se aplanaba en el cementerio, eso era lo primero que se conocía de San Andrés: el lugar de sus muertos. Luego ya venían las casitas de adobe. Algunas construidas en tiempos de la Revolución. Venían a recibir al visitante los sonidos de las gallinas, los ruidos de los cochinos solazándose, niños corriendo por todos lados. Un aire frío, limpio, que olía al humo de las cocinas, también daba la bienvenida. Miradas viejas, asomándose por las puertas desvencijadas. Y muy pocas voces humanas.

La casa de los gritos le llamaba yo a la casa en medio del campo, hecha como todas las demás, de adobe y tejas de barro, de mi tía Noemí. Allá en el pueblo alejado de todo, cerca sólo del volcán cubierto de nieve casi todo el año, allá vivía mi tía sordomuda con su marido sordomudo y su hijo sordomudo.

Al parecer, en el pueblo había alguna tendencia genética para que los niños nacieran con esta condición; eran frecuentes estas familias que, sin embargo, se entendían como a gritos: al comunicarse usaban toda clase de señas y gesticulaciones, acompañadas por sonidos guturales bastante fuertes, aunque ellos nunca lo sabrían. Su risa, además, salía libre y estentórea. Si a esto se añade que no tenían conciencia de los sonidos de los objetos chocando entre sí, la tosquedad con que guardaban sus cosas, los enseres tratados con descuido, lo frecuente que era que rompieran cosas de cristal o barro, se verá por qué el de mi tía Noemí no era un hogar callado.

Nadie los molestaba y ellos tenían un mundo muy particular: se dedicaban a la crianza de flores.

Cuando Aldo murió, mi tía vino a verme. Ella me había cuidado mientras yo era una niña y mamá no quería dejar su trabajo. De esa época tengo esta costumbre de mover mucho las manos cuando hablo, para explicar en dos lenguajes las cosas. Un día algo ocurrió entre mi madre y ella, se enojaron y pasaron muchos años sin que volviéramos a vernos. Siempre quise a mi tía, aunque no la busqué. Supe que se casó y que tuvo un hijo cuyo nombre yo ni siquiera sabía.

Durante el sepelio, Noemí atosigó a mi madre con un ademán: dos dedos que se arrastraban de los ojos a las mejillas y luego un solo dedo negando. Noemí lo gritaba: se quejaba con mi madre, como si ella tuviera la culpa por haberme parido con un defecto más grave que el de la mudez o la sordera o ambos, un defecto que espantaba a mi pobre, querida tía: yo no lloraba.

Tenía la sensación de que me observaban, de que aquello que se había llevado a Aldo no se había ido del todo. Y no eran los ojos lastimeros, las miradas curiosas sobre la viuda. Otra presencia me impedía bajar la guardia y desahogarme.

Sentía ganas de irme muy lejos, pero al mismo tiempo no tenía fuerzas para hacer nada por mí misma. Al amanecer resultaba estremecedor el canto de los pájaros, me parecía antinatural su canto, cualquier canto. ¿Cómo podía llegar un nuevo día sin que Aldo volviera de dondequiera que estuviera?

El viento de mayo abombaba las cortinas de la casa de mis padres, mientras yacía sobre la cama en donde pasé mis años adolescentes.

En el cementerio, mis padres me acompañaron mientras el encargado del columbario me explicaba los procedimientos: algo dijo del tiempo que tardarían en hacer la placa del nicho, y mientras eso estaba listo yo debería llevarme las cenizas en la urna que hubiera elegido. Estos trámites ocurrían mientras Aldo ardía.

Para evitar mirar el humo saliendo de la chimenea del crematorio, quise quedarme en la salita de las criptas, junto a la fuente. No recuerdo que alguien la hubiera puesto a funcionar; qué bueno sería saber que un ser querido la encendería para uno, para estar acompañado por el fluir del agua durante la eternidad.

Más tarde tuve que salir a que me entregaran la caja de lináloe, estaba tibia y pesada. Pero me parecía extraño que siguiera saliendo humo del crematorio, aun cuando ya las cenizas reposaban en la caja de madera preciosa. Los padres de Aldo y sus hermanas se acercaron, dejaban besos sobre la urna que yo debía sostener firmemente. Mi tía Noemí y mi madre me apartaron de ellos.

—Laura, ¿te vas unos días a casa de tu tía? —preguntó mamá.

Me dejé llevar, qué bueno, ya no vería ese humo y pararía de preguntarme si aún quedaba algo de él allá, qué tal si esto acá en la caja no está completo, ¿en cuánto tiempo arde lo que uno ha amado? ¿En verdad está aquí todo, todo? Estas cenizas. Y Noemí me tomó del brazo porque sabía que yo no tenía a dónde ir ni fuerzas para nada, me llevó a su camioneta, donde su marido también sordomudo arrancó, y de pronto por la ventanilla comencé a ver cómo gente y cosas seguían su cotidiana existencia, todo parecía el mismo mundo que conocía, la carretera, driblar a los camioneros, el campo sembrado de cañas, la luna brillando en el cielo despejado de mayo. Y la caja tibia con las cenizas de Aldo sobre mis piernas.

Mi tía Noemí me llevó a su casa. La casa de los gritos cerca del volcán.

Capítulo 16

¿De dónde sacaban tanto amor esos cuerpos? Yo no sé si mi pérdida los estaba inspirando, pero pasaban las noches enteras entregándose, y estos eran otros sonidos, los que nunca imaginé que saldrían de mi tía y su esposo.

La casa era simple, ya lo dije, de madera y adobe, y a mí me dieron el cuarto de su hijo, un chiquillo al que instalaron en un catre junto a su cama. No lo despertaría ni un tren que pasara a su lado.

Afuera se escuchaban los grillos, uno que otro gallo distraído al que el amanecer se le había extraviado. Y sobre mi cabeza, un magma de estremecimientos, suspiros redondos y vibrantes, risas desbocadas, gemidos y palabras, juro que eran palabras las que sus cuerpos dictaban, que en un lenguaje que hasta entonces sólo las paredes de la casa habían escuchado, esos dos amantes contaban historia antigua, el origen del universo. Se rompían las inútiles cuerdas vocales, se astillaban los huesos, las lenguas ardían en una sola flama. Se consumían.

Una noche, cuando ya me había puesto la almohada en la cabeza para tratar de atenuar el ruido, escuché un grito, largo, terrible. Al mismo tiempo, sentí en el centro del pecho una explosión de dique que cede. Era mi grito. Escuché la voz de Aldo: «Abre los ojos», dijo aquella mañana. Había mucha luz, la luz de mayo. Una mañana soleada entrando por el ventanal de la recámara, mientras nos amábamos de día. Inesperadamente él dijo: «Abre los ojos». Sentía sus besos, su boca dulce, su cuerpo esbelto, y abrí los ojos en medio del gozo y lo miré y la luz me deslumbró hasta sacarme lágrimas.

Esa fue la última vez que Aldo y yo hicimos el amor.

Entonces pude llorar. Y de nuevo sólo aquellas paredes escucharon cómo el aullido de un mutilado es siempre menos feroz y duradero que el de dos que se entregan.

No podía estar sola, no lo pensaba pero lo estaban sabiendo mi corazón y mi cuerpo, que habían nacido para esa misma música salvaje orquestada del otro lado de la pared. Y así pasé algunas noches esperando a que Noemí y Joaquín hicieran su música para poder llorar, y tanto ruido, tanto jaleo componía ese magma complejo que escapaba de nuestros cuerpos y se perdía en esa lejanía vigilada por un volcán.

El sueño me vencía antes que a ellos.

Capítulo 17

El hijo de Noemí no iba a la escuela, no había educación para los sordomudos, aunque fueran mayoría en el pueblo. Así que Noemí le buscó una ocupación, le enseñó a hacer papalotes que luego vendían en el mercado. El niño pasaba las mañanas fabricando sus artefactos voladores con delgadas varas, hilos largos y papel de china de muchos colores, aunque su preferido era el anaranjado. Él ponía la mano sobre distintos trozos de papel y me pedía que dijera los nombres de cada color. Miraba el movimiento de mis labios y a veces acercaba sus dedos para tocar las vibraciones en mi garganta. Así decidió que su favorito era ese, palabra larga de cinco sílabas. Me sentaba junto al niño para oficiar de su ayudante, aunque lo único que me permitía era pasarle los materiales y cortar el hilo. Parecía una parca, con mis tijeras listas. Mis ojos mudos como él lo veían maniobrar hábilmente, y luego poner a prueba sus creaciones, negociar con el aire, elevar bien alto sus papalotes.

Hacíamos un receso a mediodía para comer tortillas hechas a mano, tacos de aguacate de cáscara suave y negra que Noemí mezclaba con queso. Su esposo traía hongos del campo, los asaban y completaban con eso una comida gloriosa.

Le pregunté a mi tía, con las señas que usábamos para comunicarnos, por el nombre de su hijo. Ella sacó varios papeles, acta de nacimiento, cartilla de vacunación, fe de bautismo. Se llamaba Joaquín, como su papá. Y Noemí abrió la boca para decir sin voz «Joaquín». Estaba orgullosa. Dibujaba el nombre de sus amados con los mismos labios con que podía besarlos.

Cada mañana salía Joaquín padre a trabajar en el campo. Noemí se iba al fondo del terreno, un solar donde cultivaba flores al que yo no quería acercarme porque mi cuerpo entero reaccionaba ante ese olor perfumado. Mi piel volvía al funeral, me salían ronchas, me rascaba hasta sangrar. Noemí había improvisado un emplasto de yerbas que lograba calmar la urticaria, pero no la curaba.

No sabía cuándo me iría de allí. Mi madre y yo acordamos que ella me buscaría cuando la placa estuviera lista para guardar la cajita de lináloe con las cenizas de Aldo. Entonces todo quedaría sellado.

Durante el día, el pequeño Joaquín me llevaba a conocer el pueblo, sus barrancas, los montes: éramos un par de ensimismados recolectores de varas y ramas ligeras, compartíamos caminos, miradas, aprendimos el ritmo del paso del otro. Llevábamos los papalotes para volarlos en las zonas más altas. Volvíamos a casa con los cabellos revueltos, los zapatos lodosos y el cansancio de haber rasguñado el cielo.

Noemí recibía a su niño con besos y abrazos, él le contaba hasta dónde habíamos ido, cuán lejos habían volado los papalotes, se decían todo, ella le preguntaba, se gritaban, movían los brazos en todas direcciones, parecía que una ola se los iba a tragar.

El niño reía, ella no sabría nunca cómo se oye esa risa. Noemí dejaba escapar carcajadas de pura felicidad, miraba al cielo como si buscara rastros del camino que nuestros cometas hicieron: qué lejos, miraba hacia arriba con los ojos entrecerrados, volvía a su hijo, le arreglaba los cabellos, le decía cosas, estallaban esos gritos cóncavos.

En esos días comencé a pensar o a imaginar la vida con un hijo. Cómo sería, me preguntaba. Cómo sería esa certeza, ese absoluto, ese camino sin retorno.

Empecé a soñar con Emilio.

Capítulo 18

Crecí en una familia gobernada por un cínico encantador: mi padre. Él tenía dos debilidades: el alcohol y las mujeres. También trabajaba como loco, era un burócrata que viajaba para verificar asuntos relacionados con las carreteras del país; le gustaba decir que el mundo era mejor de madrugada, casi siempre al amanecer volvía de la fiesta o se iba a algún punto del país.

Mi madre era una simuladora profesional: apartaba los ojos de todo aquello que representara un conflicto. Era más bien una especie de ama de llaves: mantenía la casa impecable, la comida a su hora, y lo único que pedía a cambio era que no se alzara demasiado la voz, que no hubiera palabras altisonantes, que todo transcurriera con mesura. Era muy joven cuando conoció a mi padre, mientras él cumplía con su trabajo de supervisar la construcción de una carretera a Cuautla. Ella venía de aquel pueblo junto al volcán, junto a sus cinco hermanos, dos de ellos sordomudos, una vida de muchas carencias. Hizo estudios en una normal superior y comenzó a enseñar en una escuela rural. Conoció a mi padre cuando se hacía la carretera hacia su pueblo. Él prometió cosas que por primera vez estuvo dispuesto a cumplir y se casó con aquella joven maestra. Yo creo que mi madre pensaba más en ponerle punto final a la pobreza de su infancia que en lo que podría sentir por mi padre. Y él debió saberlo. La cuestión es que yo me sentía siempre mucho más cerca de él que de ella, aunque de alguna manera le seguí los pasos a mi mamá, pues me convertí en maestra después de estudiar literatura.

Las mentiras de papá me parecían naturales, tener una vida doble como él la tenía me parecía natural: ahí empecé a disfrutar de la ficción. Y cuando a mi vez acepté casarme con Aldo no me pareció extraño conservar mi relación de tanto tiempo con un hombre al que veía algunas veces al año.

Todo esto parece no venir al caso, qué importancia tiene que una mujer confiese algo así ahora. Lo que quiero decir es que yo no traicionaba a Aldo. Que si hubo una traición, la cometió él. Y por eso, después de su muerte, cuando pude volver a dormir sin somníferos, por mi propia cuenta, siempre soñaba que él me dejaba por otra mujer. La más misteriosa. La infalible. En mis sueños él se iba con *ella*, una figura velada, a la que no podía interrogar; ninguna respuesta suya sería de este mundo.

No lo traicionaba, pero a veces, cuando escuchaba a su madre quejarse de los engaños de su padre, cuando veía el terrible estado en que Aldo quedaba tras oír todo aquello, a veces estaba dispuesta a opinar, a tomar partido y a pedirle a Aldo que le cerrara la puerta a su madre, que la dejara sola con sus lloriqueos porque no es cosa de los hijos

allanarle el camino a los padres, ¡es al revés, carajo! Y quería decirle, quería que se hiciera fuerte y que un día se enfrentara a su padre, pero no para defender a su madre o a sus hermanas, sino para liberarse del lazo de miedo que lo unía a él; su padre lo había convencido de que sólo él podía cuidarlo, que sólo él estaría a su lado cuando se quedara ciego. Que realmente nunca sería un adulto, podría irse al fin del mundo, casarse, pero el día en que los cristalinos se desprendieran sólo él, su padre, lo rescataría. Ese día, le aseguró, se lo juró, llegaría. Y si Aldo no lo creía, no importaba. Nada de lo que él pensara importaba. Del terror de esas tinieblas no iba a salvarse.

Aldo me veía desolado, en esos momentos no podía ser más que un niño y, sin tocarlo, su padre acababa de herirlo como sólo ellos pueden, una sola palabra, una mirada que te perseguirá siempre, sin importar hasta dónde vayas, cuánta destrucción dejes a tu paso o en qué clase de carroña te conviertas: siempre va a seguirte esa mirada hasta hacerte caer de rodillas.

De manera que yo invariablemente volvía a esta cuestión: no es mi problema y además quién soy para decir lo que hay que hacer. Me autodescalificaba y esta era una manera muy cómoda de dejar las cosas en paz. Precisamente lo que todos habían hecho en casa de Aldo, en esas familias que dejan que todo el peso, toda la estructura razonable, descansa sobre la espalda del más fuerte o del que parece ser el más fuerte, y este vino a ser él. El niño al que le pronosticaron una ceguera fatal, al que más temprano que tarde se le desprendería el cristalino, el niño que, dijeron los especialistas, no llegaría a terminar la primaria porque sus ojos no le darían para tanto. Pero terminó la universidad y cuando entró a trabajar como editor en uno de los institutos de investigación científica más importantes del país midieron su coeficiente intelectual, que resultó uno de los más altos.

En su casa nadie necesitó medir su inteligencia: era el que tenía las soluciones prácticas a la mano, el sabio, el que escuchaba, el que encontraba la palabra precisa, el del humor ingenioso, el que metía la mano a la cartera también.

Aldo era aquel al que venían a pedir consejo sus hermanas, aunque sólo cuando en realidad querían algo más que un consejo: pagar deudas, ocultar noviazgos prohibidos por su madre, dinero casi siempre. Luego venía la madre y le contaba las monstruosidades de las hermanas, y también quería algo de él. El padre quería evadir impuestos y venía a pedirle que firmara papeles que lo harían aparecer como propietario de las farmacias, de los coches, de la casa... Aldo estaba harto. Él hizo lo mismo que yo: abandonó la casa paterna.

Y nos vestimos de negro para casarnos.

Capítulo 19

Como se dice, Aldo hubiera sido incapaz de hacerle daño a una mosca. En cambio, se hubiera ofrecido como voluntario, por ejemplo, para un trasplante, para salvar a alguien. Me lo dijo unos días antes de morir. Acababa de llegar una carta de su primo Bruno que vivía en Buenos Aires: le habían encontrado un cáncer. Tenía una esposa y un hijo recién nacido.

—Yo daría la vida para que Bruno viviera y no dejara a su hijo huérfano —me aseguró.

Su voz sonó enronquecida, dura. Me volví a mirarlo, aun sin comprender qué había dicho. Estaba realmente trastornado. Tenía los puños cerrados sobre las rodillas.

No hablaba a la ligera. Por eso le pregunté, con un nudo en la garganta:

—¿Morirías por ese primo lejano al que apenas conoces?

—Sí. Sin pensarlo.

—¿Y yo qué?

No respondió. Inclino la cabeza, señal inequívoca de que tal era su razonamiento, sin discusión, sin dudas. Se quitó los lentes de ver y se puso los de leer. Tomó su vaso de *whisky* y releyó la carta.

Era Abril de 1999. Sólo un mes antes de su muerte.

Aldo tenía el pecho descubierto. Era cuestión de tiempo.

No pude hacer nada contra su tristeza.

Capítulo 20

Voy a decirlo: era *mi* muerto. Por eso quien haya sido registró a mi nombre la cripta. Por eso me consultaron si quería cremarlo o enterrarlo. Por eso se esperaban mis negativas o asentimientos. Y por eso me permitieron aquello de vestirlo —intentar vestirlo— con su camisa del Cruz Azul. El muerto era mío.

Su mejor amigo vino a hacerme una propuesta.

—¿Qué tal si llevamos sus cenizas al Azul? El estadio donde juega su equipo.

—Ya sé dónde juega su equipo, ¿cómo se te ocurre? ¿A poco te van a dejar entrar a echar cenizas al campo, así nomás...?

En realidad le respondí lo que me pasó por la mente. Quería ganar tiempo, considerar si era buena o mala la idea, si debió ocurrírseme a mí, y si le habría gustado a Aldo.

—A él le habría gustado —atajó mis pensamientos el mejor amigo.

También me preguntó qué haría con la colección de discos compactos de Aldo. Recordé cómo bromeaban juntos diciendo que el que se muriera primero le dejaría al otro sus discos. Sé que mi mirada fue torva y que mi corazón creyó que me querían despojar de lo que quedaba de mi esposo. Sé que su mejor amigo tampoco estaba muy en sus cabales, pero aun así lo despaché sin nada, de regreso a su silla.

Me aferré a lo que quedaba, ese cadáver, pronto convertido en cenizas. Sus discos. Su colección de botellas en miniatura. Su memoria. Cerré los ojos, como quien se hunde atado a un mástil cantando un himno.

Capítulo 21

A veces, antes de sumergirme en el sueño, veo lo que quisiera ver cuando me muera. Un recuerdo sólo mío, que nada tiene que ver con Aldo, sino con la adolescente de falda larga que era cuando me enamoré por primera vez.

Camino sobre un malecón, quitándome del rostro el cabello que el viento agita. A lo lejos un faro guía su luz rastrillando en el horizonte.

Voy de un lado a otro, esperando. Él no llega, yo tengo el corazón destrozado. Cómo me gusta recordar aquella herida, ese dolor inocente, ajeno a lo que aprendí después.

Termino sentándome. Balanceo los pies sobre el mar que rompe despacio contra el muro del malecón.

Lejos de todo.

Él, mi primer amor, falta a nuestra última cita.

No sabrá nunca que reuní, al fin, el coraje necesario para quedarme a dormir con él esa noche.

Por supuesto, en cuanto me voy, sólo unos minutos después, él llega retrasado, tarde, para siempre tarde porque yo, al día siguiente, tomaré un avión que me llevará muy lejos de ahí.

También piensa que yo he faltado a la última cita.

Que dejé pasar nuestro tiempo.

Esa joven estará ahí eternamente. Él también. Como dos ciegos a los que la luz del faro nunca llega. No se encontrarán. Vivirán ese dolor dulce, la primera estocada verdadera. Y sin embargo nada que les anuncie lo que la vida va a darles después, más hermoso o más desolador, siempre un mundo desmesurado.

No sé si en la última hora realmente se puede ver o saber algo. Porque, en fin, yo creo que antes de morir no se ve ni se siente realmente nada. De eso se trata: del principio de la nada.

Y así, quizás, aquellas últimas palabras que creí escuchar de labios de Aldo, no fueron realmente dichas. ¿Entonces qué fue aquello? Tal vez algo que él también pensaba que sería lo último que le gustaría decir. Algo que no salió de sus labios sino de su última voluntad: un pensamiento. Una última gracia para los que se quedan. Un

pensamiento tan poderoso que pude oírlo. La ilusión de que escuché una última palabra. El espejismo de una despedida.

Capítulo 22

Los pies tienen su propia querencia. A mí me llevaron al menos un par de veces de vuelta al departamento que compartí con Aldo y que no lograba vaciar de nuestros haberes.

Volví a ese departamento sólo para quedarme catatónica una larga noche en que no lograba saber qué hacía ahí. Mis pies esclavos de aquella amada rutina que era ir a casa me habían guiado. Y mis pies ahora sabían que estaban en el hogar pero ¿por qué aquello no me hacía feliz? Él ya no estaba ahí. Y todos aquellos objetos domésticos estaban equivocados. Me confundían con alguien más, alguien que había dejado de ser. Escuchen, pies, sepan: el mundo ha cambiado. Ya no era la persona indicada para andar sobre ellos.

La noche fue una penosa transición donde yo iba y venía por las arterias nobles de aquel lugar. Y ese era un dolor que si pudiera medirse sabríamos que tiene la justa dimensión, el peso exacto que sólo yo podía tolerar. Porque a nadie le va a doler tanto como para morir. Morir es sencillo.

Hay una carga de dolor apropiada para cada uno, llega y sobrevivimos, esa es la verdad, aunque seamos amputados como yo lo fui. Aunque hubo días en que parecía vivir sin latidos y la duda me obligaba a palpar el pecho en busca del corazón que me asombraba: aquí sigues, y no hay de otra.

No pude hacer la mudanza. Había tanta gente deseando ayudarme que fue sencillo dejar esa tarea en manos de otros. En cuanto las bolsas con toda la ropa estuvieron detrás de la puerta del hospicio, las cosas que aún quedaban en el apartamento tuvieron otro aspecto. Una cierta aura de neutralidad, como si me dijeran: mira, también nos abandonaron, también se nos arrebató nuestro dueño, pero podemos servirte y hacer una nueva historia.

Uno de mis amigos me preguntó qué hacía con la colección de botellas en miniatura. ¿Se las llevamos a la familia de Aldo? ¿Te las quedas? No se nos ocurría otra opción, así que decidí conservarlas, sin saber que a partir de ese momento las iría arrastrando a lo largo de años y más mudanzas.

Las botellitas, Aldo así las llamaba, estaban alineadas en desafiante orden alfabético. Se tomaba muy en serio la diversificación sistemática de esa colección, así que se unió a un club internacional de coleccionistas y periódicamente hacía envíos de miniaturas de Bacardí, Tequila Cuervo o Sangrita Viuda de Romero hacia lugares remotos. Su principal corresponsal era un argentino que vivía en Islandia. Se

escribían mensajes por correo electrónico y cada tanto llegaba de allá toda suerte de ejemplares inverosímiles. Se volvió un ritual recibirlas, desempacarlas, mirar la forma de la botella, los colores de las etiquetas, de las que a veces era imposible comprender una sola de aquellas larguísimas palabras.

Cuando por fin devolví el departamento vacío, el administrador me entregó una caja de cartón pequeña que había llegado semanas atrás. Era del coleccionista argentino. Dejé el paquete íntegro, con sus cintas adhesivas, las burbujas plásticas y su precioso contenido en algún lugar de mi nuevo bungalow, ahí donde acumulé otras cosas que no sabía dónde dejar y donde yo era parte de la absurda acumulación.

No podía desprenderme de las botellas, me parecían demasiado importantes, habían hecho viajes muy largos. Con los discos compactos no tuve ninguna duda: debía conservarlos, muchos los habíamos comprado juntos. Pero las miniaturas eran una suma personal: algo sólo suyo.

Seguramente el argentino islandés envió algunos mensajes para saber si había llegado el paquete, para pedir que se le enviara algo en reciprocidad, no sé, esos acuerdos entre ellos. Cómo saberlo. El remolino se había tragado a Aldo y todas esas palabras, claves, sueños, misterios que sólo le pertenecían a él. Sus *passwords* del mundo.

Elegí quedarme con pocas cosas y las llevé al bungalow. Pero mentiría si digo que volvía a empezar. En realidad no lograba hacer nada. Pedí un permiso en la escuela donde enseñaba. No podía leer. Me costaba mucho concentrarme, a la mitad de un párrafo todo se quedaba en blanco, me perdía, me desvanecía. Era diferente con *El Mueble*, una revista española de decoración de interiores que compré para hacerme de ideas con las cuales crear mi nuevo espacio. Había ediciones especiales de baños, jardines, clósets, recámaras de todos los estilos; casas con chimeneas, casas de ciudad, casas de campo, departamentos, pisos de duela o de mármol.

Se rescataban casas en mal estado. Los espacios adquirían nuevos significados con decoraciones que ponían al día cada rincón. Se cambiaban tuberías y sistemas de calefacción para convertir, paso a paso, una ruina en un hogar.

Eran fascinantes esas páginas brillantes con casas perfectas y hermosas. Compraba la revista cada mes y seguía cuidadosamente sus páginas, examinaba con detalle los ornamentos, las cestas con flores, una ventana abierta con las cortinas de lino blanco rozando el suelo y la luz de un jardín deslumbrante entrando. Sentía paz. Era como si yo misma me reedificara con esos paisajes que parecían tener una experiencia independiente de las personas. Los dueños de esos lugares nunca figuraban en las fotos. Las casas tenían alma propia, una eternidad sin fisuras.

Infinitas posibilidades se abrían página a página y me parecía que también me pasaba eso a mí, sólo que aún no decidía qué hacer, a dónde ir, moverme en qué dirección. Incluso elegir la comida me molestaba. A veces venían amigos a verme y me traían algo. Pero mi mayor esfuerzo para cocinar era poner leche y cereal en un plato. Viví así muchos días.

Miraba mi nueva morada y caminaba recitando imaginarias descripciones, a la manera de una decoradora de interiores: un mobiliario que combina los ángulos rectos con piezas de estilo clásico... Es el último toque de sabor, de alguien que ha sabido dar a su casa el mismo carácter que a sus platos... El espejo del recibidor recupera la forma de los arcos de las puertas y ventanas... En un intento por conservar toda la memoria que sus muros guardan, se ha llevado a cabo una rehabilitación manteniendo la estructura original, con materiales típicos de la zona, de manera que se han potenciado los valores propios del conjunto guardando una perfecta armonía con el entorno y la propia arquitectura tradicional...

En las fotos de *El Mueble* se miraba la acogedora terraza, las velas encendidas, los cojines dispuestos y las flores y una bandeja con quesos, pan y vino. Leía: enamorados de Ibiza, donde pasan sus vacaciones, los propietarios de esta casa madrileña la han decorado con un aire mediterráneo y toques coloniales. Enamorados de Ibiza podría ser yo, cualquiera, nadie, la terraza estaba cálidamente desierta.

La revista tenía su sección de consultas de los lectores. Qué bálsamo era conocer las preocupaciones de los demás: mi flor del paraíso no ha florecido, ¿qué puedo hacer? ¿Qué tipo de sillas combinan con una mesa de roble y acero? ¿Cómo separo visualmente el inodoro del resto del baño? Mi dormitorio es de estilo inglés y me parece muy apagado, ¿cómo puedo modernizarlo?

Si algo me ayudó a no autocompadecerme fue *El Mueble*. Yo misma me estaba volviendo una suerte de mobiliario en mi bungalow; casi inmóvil, casi un objeto de decoración. Pero veía estas páginas y sabía que no era la única casa desierta. Tal vez un día yo también me haría preguntas de aquel estilo.

Me quedaba dormida sobre las páginas brillantes, serenas, deliciosamente deshabitadas de aquella revista.

Capítulo 23

El bungalow donde me fui a vivir tenía un gran jardín, cuidado con esmero por un jardinero y su mujer que vivían en un cuarto de servicio.

En un extremo se alzaba la casa principal, alta y blanca, semejante a la proa de un gran barco varado. La dueña era la esposa de un empresario japonés, y venían muy poco. De allá, de Japón, habían traído plantas y árboles frutales curiosos, como unas pequeñas guayabas de color rosa intenso. Disfrutaba cortarlas y comerlas mientras andaba descalza, y me gustaba decir en voz alta, para Aldo, cuánto me gustaban esas y otras cosas. A veces el jardinero me sorprendía hablando sola.

Eso que disfrutaba tanto también se volvió una pequeña tortura en mi piel. Durante el funeral desarrollé una extrema sensibilidad al olor dulzón de las flores. Es que eran muchas: me asfixiaban, los ojos me escocían, estornudaba y luego en mi piel se formaban ronchas que rascaba hasta sangrar. Era el olor que rodeó a Aldo en su partida, era el rastro de la muerte y todo mi cuerpo se revelaba contra esa memoria funesta. Mi madre decía que era porque no lloraba: por algún lado mi cuerpo desahogaba su dolor.

No era lo único nuevo, aunque sí lo guardé sólo para mí, como un secreto sórdido: algunas noches me despertaba con palpitaciones, segura de que me estaba muriendo. Las manos me sudaban, mi cuerpo entero temblaba. Poco a poco pasaba, lo único que me ayudaba era respirar hondo y pensar que quizás no volvería a ocurrir otra vez.

El día de Todos Santos crucé el jardín esparciendo pétalos de cempasúchil. Hice un camino hacia la ofrenda que preparé para Aldo y, cosa extraordinaria, descubrí que a esa flor no era alérgica. Había cocinado el espagueti que aprendimos a hacer en la Córcega salvaje, el chicharrón en salsa verde que le gustaba, conseguí las tortillas de maíz azul hechas a mano, compré su *whisky* favorito, las galletas Oreo: las de siempre y unas nuevas que vienen cubiertas de chocolate blanco. Y en medio de todo puse aquella foto donde él sonreía confiado y feliz, sin anteojos, con el pulgar levantado. En la época en que murió, había dejado de sonreír así.

Una ofrenda para Aldo. Me quedé a esperarlo para que no cenara solo. Esperé, en el centro de la noche, a que las puertas del inframundo se abrieran.

Era una despedida. Él sabía que yo no cocinaría todo eso por nada. Era para decirle que al fin había comprendido que ya no estaba. Que ya no estaría más. Habían pasado seis meses, y al fin comprendía que no iba a volver. Por eso le dije que, ahora sí, ya no lo esperaba.

Después, dejé de hablar sola.

Capítulo 24

Hubo algo febril en la manera como planeó Aldo la boda, la fiesta, el viaje a Europa en el que gastamos todos nuestros ahorros. Quemar naves no le importaba, como si no hubiera tierra posible después del viaje. Reunimos nuestro dinero, compramos cheques de viajero, pagamos unos meses adelantados de renta, y nos marchamos sin dejar pagado el teléfono, el cable y la luz del departamento donde iniciábamos nuestra vida juntos.

Era electrizante su alegría de organizarlo todo. Yo no moví un dedo: él hizo el itinerario, compró los boletos, revisó cada detalle y les escribió a sus amigos de Córcega, donde terminaríamos nuestro periplo, antes de volver a México.

Durante el viaje él parecía haber olvidado todas las precauciones del niño siempre a punto de quedarse ciego: dormimos en un parque, en aeropuertos, nos perdimos en el bosque de Sintra. Íbamos de un lugar a otro sin planear nada. Comimos y bebimos sin mesura, y así caminamos y corrimos para alcanzar trenes o ferris siempre a punto de partir.

A la isla llegamos agotados, ahitos de mundo. Los amigos de Aldo habitaban una pequeña casa junto a la playa. La idea era que nosotros acampáramos al lado del mar y sólo iríamos a la casa a cocinar o a bañarnos.

El Mediterráneo nos recibió con toda su vida dispuesta. Fuimos con los pescadores, Aldo permanecía en la barca mientras yo aprendía a bucear y a extraer ostras que luego cocinaríamos con ajo, perejil y mantequilla, acompañadas de vino blanco en abundancia.

Pusimos la casa de campaña junto al mar. Temíamos que la marea subiera, pero este rincón de la Tierra resultó tan perfecto y hospitalario que allí no había marea. El mar parecía una capa de mercurio ensimismada, algo susurrante y suave.

Cuando escarbábamos para fijar la tienda de campaña, entre la arena apareció un caracol pequeño, vacío, cada detalle labrado magistralmente por la naturaleza.

—Mira —me dijo—, cuando era niño mi papá me regaló un caracol como este, sólo que más grande. Tan grande que apenas lo podía sostener.

—¿Qué hacías con él?

—Escuchaba el mar. Ponlo sobre tu oído: ¿oyes?

Había un murmullo. Como un canto.

Nos acostamos bocarriba en la playa. Estaba llegando la noche y había tantas estrellas que el cielo parecía menos negro. Ese lado agreste de la isla era llamado la *Corsica selvaggia*, debido a esas extensiones de playa deshabitadas, donde la arena no era tan fina y sólo había algunas casas sencillas. Nada del *glamour* del otro lado de la isla, donde se veían lujosos botes en el embarcadero.

Éramos dos recién casados sin techo, sin planes de comprar una casa, un coche o tener hijos, sin American Express. Sólo el cielo nos amparaba.

—Aldo, no tenemos nada —le dije entre risas.

—Pero tú eres mi hogar —respondió.

Nos abrazamos. Teníamos arena pegada a nuestra ropa y entre los cabellos. Soplaba un viento suave. Me cantó la canción que siempre me hacía sonreír y que él interpretaba con total seriedad.

Me quedé dormida sobre su pecho, donde se repetía la música del caracol. Donde reverberaba otra canción.

Muñequita linda, de cabellos de oro, de dientes de perlas, labios de rubí, dime si me quieres como yo te adoro, si de mí te acuerdas como yo de ti...

Capítulo 25

Negro, como el aleteo de los presagios que fui incapaz de ver.

—Quedarse quieta —dijo la costurera, se tocó las sienes con los pulgares, como si buscara algo en su mente que fuera muy importante.

Luego me mostró el recorte de la revista, le hizo dos o tres ajustes con un lápiz:

—Mejor así —susurró.

Había puesto unos volantes para disimular que mi anatomía no era la de Lady Di.

Aprobé el cambio y salí de ahí apresurada. Iba a reunirme con Aldo para cenar. Una vez en la calle sentí el silencio pesar en el ambiente. Un aroma me picaba la nariz, olor de incendio, humo. Había empezado la época de sequía, la de los grandes incendios forestales. De pronto parecía que la ciudad entera se afincaba sobre el infierno: los bosques se quemaban, el volcán estaba activo y escupía lava en caprichosas explosiones. Las alertas estaban encendidas para evacuar a quienes pudieran quedar atrapados en los incendios o a quienes habitaban en las cercanías del coloso que amenazaba con estallar.

Pensé en mi tía Noemí, mi tía que vivía en un pueblo casi habitado sólo por sordomudos. Cómo llegaría a ellos la noticia de una erupción, si llegara a suceder. Cómo vibraría en sus cuerpos el estallido. Suspiré ante lo impredecible, la gente de San Andrés no se iría sólo ante la posibilidad de una erupción; ya les había ocurrido antes, cuando por precaución los habían llevado a albergues temporales, pero al final no hubo erupción y ya que todos volvieron se encontraron con que sus casas habían sido robadas. Así que para volver a sacar a la gente de sus tierras primero tendría que escurrir lava sobre el campo. Quizás entonces.

A lo lejos se escuchaba el ulular de las sirenas, los bomberos que iban hacia los bosques, mientras del cielo caían pavesas. Por un instante pensé que eran miles de mariposas migrando, oscureciendo la tarde. No se sentía correr el aire, las partículas se desplazaban ligeras, suaves, en caída libre como una lluvia negra. Atrapé una. Duró lo que un suspiro. Se volvió ceniza en mi mano.

Capítulo 26

La noche de Año Nuevo puse una silla en medio de ese jardín a oscuras. Hacía mucho frío, estaba en la parte más alta de la ciudad, casi en el bosque. Desde ahí podía mirar la mancha urbana lejos, sus luces; me gustaba sentir esa distancia. Había logrado sortear las invitaciones de mi familia y amigos, les dije que me iría de viaje. No podría decir que quería estar como ya estaba: sola. Pero necesitaba silencio, reconcentrarme. Los grillos rodeaban la noche con su canto. Me senté a esperar el inicio del nuevo milenio. Se escucharon cohetes, balazos, risas: el mundo festejaba. Yo quería que todo cambiara, sin saber qué quería.

Como si pasar de un año a otro fuera lo mismo que ver una estrella fugaz cruzar el cielo, pedí no estar sola. Bienvenido, año 2000.

Poco tiempo después conocí al padre de Emilio, un hombre con vocación para juntar pedazos de cosas rotas, piezas aún diminutas, y mucha paciencia para intentar unirlos. Unió las piezas de esa mujer que encontró y concibió con ella una vida y un hijo. Pero no fue capaz de sospechar que quizás había inventado una mujer que no era, en absoluto, yo. Juntó las piezas de alguien distinto a mí. Por eso me considera extraña cuando salgo del molde de esa persona que él ha creado, la madre de su hijo.

Sin importar cuánto lo ame, hay algo seguro: mi gratitud hacia él siempre será mayor. Me ha contenido. Sujetó muy bien los pedazos. Alivió los padecimientos que adquirí tras la muerte de Aldo: me enseñó a respirar cuando despertaba de noche con taquicardia, convencida de que me iba a morir. Dejé de sufrir urticaria al oler flores, algo que estaba resignada a padecer como una penitencia: él me consiguió un alergólogo que remedió mi mal.

No fue sencillo reemprender el camino al lado de otro hombre. Mi antiguo amante seguía llamándome, ya sólo para quedarse en silencio del otro lado de la bocina, sin esperanza. Ese era un puente quebrado, irreparable.

Lo que el padre de Emilio me ha dado no sólo me mantiene viva. Volví a sentir alegría al escuchar el canto de los pájaros. Y la verdad es que me importa muy poco si me parezco a la del rompecabezas. Seré lo que él quiera, ya nunca más tendré la fuerza para mentirle de frente al hombre que me ama, para endulzar una traición con todas las argucias que conozco.

Aldo solía decir que yo era muy fuerte. En realidad era incauta, temeraria. Me dije siempre, aún ahora, que lo amaba a mi modo. Si yo hubiera sido distinta, ¿él habría sido feliz? ¿Realmente dependía de mí?

Sobrevivir a Aldo ha sido ir por encima de la vida. No perder el miedo nunca, ver a los ojos de mi hijo con una sonrisa que debe ser de esperanza.

Capítulo 27

Ahora hablaré de su mirada. Algo que no eran sus ojos con el cristalino siempre a punto de desprenderse. Un destello siempre fugaz, algo que lo estaba abandonando. Era una mirada triste, cuando la tristeza se parece tanto a una enfermedad crónica y degenerativa.

Aldo tenía la mirada del que se despide siempre y no acaba de irse. Del que un día se irá sin aviso, dejando las preguntas y las alacenas del amor desiertas.

Quizás lo supe tarde, y quizás él siempre hizo advertencias sin ser comprendido: «Soy frágil», respondía cuando se le pedía ayuda para cargar algún objeto pesado. Y cuando nos cambiamos del apartamento del quinto piso al del segundo, contrató a un equipo de mudanza para que hiciera toda la labor, sonreía y se felicitaba murmurando casi en secreto: «Qué bueno que estudié».

También estaban aquellos mareos y jaquecas que de vez en cuando lo aquejaban y que a los ojos de su médico nunca parecieron lo suficientemente graves como para analizarlos a fondo. Nadie quiere pensar que alguien a esa edad va a morir.

Durante nuestro noviazgo él me escribía cartas. En una dice: «Lee “Burnt Norton” para que sientas lo que yo sentí». Busco los *Cuatro cuartetos* de Eliot, no puedo ir más allá de *Váyanse, váyanse, dijo el pájaro: el género humano no puede soportar tanta realidad*.

El género humano no puede, es cierto. Pero estos seres desolados que somos los viudos y los huérfanos hemos podido, sin saltar por la ventana, por una razón: porque somos cobardes. Yo seguí, hablé con el psicoanalista y con el sacerdote. Me rodeó la gente que vino a rescatar a la sobreviviente porque se veía en mí, nunca en el muerto, y me aferré a ellos, fui el derrumbe sin ser el derrumbe, arranqué mis costras y miré adentro, segura de que habría cicatrices y de que eso significaría que ya podía hablar en pretérito: ya pasó, ya pasó, como se consuela a los niños. Ya pasó. Así me salvé de mí misma.

Capítulo 28

Llegué una noche a casa, después de viajar a un congreso al que fui enviada por la escuela donde trabajaba. Al llegar al edificio no vi luces encendidas en el departamento, me pregunté dónde podría estar Aldo. Antes de llegar a mi puerta escuché a Kurt Cobain a todo volumen. Entré sin encender la luz. Sólo veía el parpadeo rojo del estéreo encendido. Él, inmóvil en el sillón. Pensé que se había quedado dormido. Boté la maleta y fui a sentarme a su lado. Me abrazó de inmediato, olía a *whisky*, comenzó a besarme y a hurgar debajo de mi ropa. Puse mis manos en su rostro y sentí la humedad en sus mejillas, en sus ojos. Nos quedamos quietos, como asustados, mientras Kurt seguía.

—¿Qué tienes? —le pregunté al oído.

—Yo, nada. Estoy muy feliz.

—¿Por qué?

—Porque ya dejé ese trabajo de mierda.

Se reía. Estaba borracho.

Buscó algo en el suelo. Me ofreció su vaso lleno. Una mezcla de agua quina y Jameson. Me lo bebí de golpe. Tenía la sed del que quiere alcanzar algo, una idea, la develación de un secreto en el fondo del vaso.

—Aldo, tú no pareces feliz.

Tomó el control remoto del estéreo. Puso la misma canción.

—Pero te tengo a ti.

Something in the way...

—Estás bebiendo mucho, ¿me escuchas? —le dije, sin esperar respuesta.

—Tú escucha. Cuando Kurt Cobain grabó el *unplugged* pidió candelabros y velas. Y flores blancas. Como en un funeral —se rio—. Su propio funeral. ¿No era genial?

Me abrazó y rodamos sobre la alfombra. Nos acariciamos, pero nada más pasó.

—Es una canción tonta, Aldo. ¿Es bueno comer pescados, pues ellos no tienen sentimientos?

Nos reímos.

Se irguió para buscar la botella de *whisky* . Llenó el vaso y con el control en la mano cambió de pista.

—Te dedico esta otra: *Where did you sleep last night?*

Capítulo 29

Orillo el coche para esperar que la tormenta cese un poco. Me da miedo conducir bajo la lluvia. Emilio pregunta por qué se dice aguacero y no aguamucha. Me río. Tengo encendidas las intermitentes pero me sobresaltan los coches que pasan a mi lado sin disminuir la velocidad. Aunque ahora a todos nos da miedo casi cualquier cosa. En esta ciudad yo podía caminar horas por calles solitarias. Un improbable asalto era lo más dramático que podía ocurrir. Ahora aparecen cuerpos colgados de los puentes. O decapitados a la orilla de la carretera.

Este miedo que nos va definiendo, arrinconando: no le toques el claxon al de enfrente, haga lo que haga, no sabes de quién se trata. Mujeres secuestradas y baleadas cuando dejan a sus hijos en la escuela. Todo el mundo conoce alguna historia con moralejas que si se atendieran haría necesario no salir ya nunca de casa.

Aldo no reconocería esta ciudad.

La semana pasada busqué al pediatra para pedirle un consejo sobre una irritación en la piel de Emilio. Era muy raro que no contestara ningún teléfono. La irritación se puso peor y decidí ir a tocar la puerta del consultorio. Emilio daba pequeños golpes en la puerta, al tiempo que lo llamaba:

—¡Doctor! ¡Oye, doctor...!

Pero nadie abrió. Busqué en internet y encontré una página de otros padres que también lo buscaban. Así supe que se había ido del país.

Un comando irrumpió en su consultorio desierto sólo unos minutos antes de que él se marchara más temprano de lo usual, pues le habían cancelado una cita. Frustrados porque no encontraron al médico, los asaltantes dispararon con armas de alto poder sobre todo lo que vieron: la sala de espera donde estaban los juguetes con los que Emilio se entretenía mientras le tocaba su turno de ser atendido, la pequeña resbaladilla, el canasto con los juguetes para los bebés, la mesa de los rompecabezas de madera, el librero, las paredes, el techo.

En la página de internet, papás y mamás intercambiaban los consejos del doctor: «A mí me decía que los bebés tienen más grande la cabecita que todo lo demás y hay que protegerla, usen gorritos de algodón, protejan a su bebé, deben tener su cabecita protegida pero con libertad de transpiración. ¡¡¡Suerte!!!», «Se puede combinar Tempra con Motrín, en caso de que no baje la fiebre...», «Hola, si la nariz de tu bb está constipada lávala con solución salina al 10%, tibia y no caliente». También se recomendaba a otros pediatras.

Capítulo 30

Los muertos dejan rastros de los que no nos desprendemos del todo. Atesoramos vestigios de vida pasada para recordar que somos de esa escoria a la que Dios le dio el regalo de una conciencia sobreviviente, culpable siempre.

Ante la posibilidad de darle al fin una sepultura de olas o de aire a las cenizas, comencé a sentirme decidida a dejarlas ir junto con las botellitas. Por lo pronto, era más sencillo buscarle un destino a la colección que a las cenizas: debía empezar por algún lado.

Saqué del fondo de un armario el paquete de botellas enviadas desde Islandia hacía tantos años. Por alguna razón nunca lo abrí para integrar su contenido a la colección. Copié la dirección asentada en el envoltorio y le escribí una carta al argentino, una carta palabreada a mano con una pluma Bic, y la envié al apartado postal del remitente, donde hacía por lo menos trece años debieron llegar unas miniaturas de tequila o Sangrita Viuda de Romero.

Me contestó muy pronto. Encontró mi nombre en Facebook. —*Sólo hay una Laura Dumas y sé que sos vos, escribe*—, no quiso esperar a que yo recibiera una carta por el correo postal, así que me envió un largo mensaje en el que lamentaba la muerte de Aldo. En este, dice que lamentaba doble pues tenía la impresión de que Aldo lo había estafado con las botellitas que nunca le envió. Que le parece muy bien que yo lave su memoria aun cuando tengo una nueva vida, y entre paréntesis qué bueno que volví a casarme, que tengo un hijo, que se supone que eso hace felices a las mujeres. No se burla, pienso, o no lo parece. Continúa: *yo por mi parte nunca me he casado, soy un lobo solitario. Y tengo mucho trabajo, soy neurocirujano* . Dice, si me parece bien, que puedo contarle lo que quiera y que mejor le escriba a su dirección electrónica para contestar de inmediato. Ha dejado de coleccionar miniaturas. Un día se le murió un paciente que llegó al hospital muy mal: *un joven hindú que acababa de ganar una beca de estudios. Un drogadicto quiso asaltarlo, hubo un forcejeo y un disparo, uno nomás, en pleno rostro. Ese muchacho tenía apenas dos días en Islandia. Fue una tragedia enorme en un país de poco más de trescientos mil habitantes, donde el crimen es casi inexistente, ¿te imaginás qué shock?* El argentino abrió todas las botellitas que pudo y se las bebió. Fin de la colección.

Ahora es aficionado al cielo, tiene un telescopio y sigue los movimientos misteriosos de las estrellas, *siempre más interesantes y nobles que las personas* .

Así que, para responder a la pregunta de mi primera carta: no, no quería él las botellitas de Aldo. No quería recordar el amargo incidente del becario ultimado.

Nadie está preparado para ver morir a alguien. A veces, ni siquiera los que lidian con esto a diario. Tal vez sientan que saben, que pueden, pero un día hay una fisura incluso en el caparazón del profesional y se quiebra todo.

Hay formas de muerte. Muertes blancas, superficies nevadas, abismos de este mundo. Son las peores, dice, todo queda en suspenso. No se puede vivir un duelo. ¿Se celebra lo que queda de vida o se lamenta lo que se ha muerto? Sólo queda esperar a que el paciente abra los ojos un día. O aquellos que se quedan disminuidos, con medio cuerpo: una mujer muere en medio de la noche. Sus estertores despiertan al marido, que duerme a su lado. Él extiende una mano hacia ella y la siente rígida, fría. Su respuesta es instintiva: se trepa en ella y golpea su pecho, la hace respirar. Pero no vuelve entera. Ella lo lamentará y él lo lamentará

Nada te previene. Por qué habría de ser de otro modo. ¿No pasamos el tiempo pensando que al hacer esto o aquello nos preparamos para algo? Como en el ensayo de Montaigne, evitas una calle porque calculas un riesgo, pero en la ruta segura un águila dejará caer desde el cielo el caparazón de una tortuga a la que ha devorado, y esa coraza que tan buena fue para el anfibio te partirá la crisma.

Al final pone su dirección de correo electrónico. Le contesto de inmediato una sola línea: por favor, escíbeme más sobre las estrellas.

Luego olvido todo esto. Debo buscar otro pediatra.

Capítulo 31

Aquellas mariposas no se fueron nunca. Atrapadas en mis cuadernos, un día desplegaron sus pieles para volar a mi alrededor. No las vi. No conocí su augurio.

Ya no era una niña, sólo una mujer distraída con los afanes ordinarios de cualquiera. Como casi todo el mundo, ajena al lenguaje de los presagios, viviendo a ciegas, a tientas, sin saber realmente nada, atravesaba los días ignorando que a cada instante perdía y perdía y perdía lo más mío.

El mundo era el de siempre. Las puertas se abrían y se cerraban según su costumbre, también las llaves del agua; yo empezaba las mañanas con un café, iba a dar mis clases, me reía de las ocurrencias de los muchachos, revisaba tareas por las noches, el vino corría suave por mi garganta, los interruptores funcionaban, las aspas de los ventiladores seguían su trayectoria, llegaba a casa antes que Aldo y miraba por la ventana esperando su llegada, sus pasos largos. En cambio para él las puertas ya sólo iban cerrándose, el vino era amargo en su boca, a veces bebía de más y a veces se deslizaba una inesperada lágrima por su mejilla. ¿Qué pensaba yo de esto? ¿Por qué aún hoy no sé responder? Y por qué el tiempo me iba a dar estas respuestas, si sólo ha ido acumulando capas de polvo sobre el polvo de esos días.

En esa oscuridad sin respuestas, él sufría. Yo veía mil posibilidades en mi matrimonio. Ignoraba que él estaba escaso de alma para eso. Él quería dar su vida por un primo al que apenas recordaba. Un primo al que vio una vez cuando eran niños, al que visitó, ya adulto, en Buenos Aires. Antes, pudo haberse cruzado con él en la calle sin reconocerlo.

—¿Quieres morir por un primo al que realmente no conoces? ¿Y yo?

Y yo, necia, insistía en preguntarle. Al principio porque quería reprochárselo, pero luego porque esperaba que cambiara de opinión. Tal vez se cansó de mi queja. Me abrazó como hacía tiempo no lo hacía, un gesto que duraba minutos largos durante los cuales yo sentía cómo vibraba todo su cuerpo, el calor de su pecho. Tan alto era que sentía que me había resguardado bajo un árbol grácil, inclinado sólo para cobijarme.

—Te amo —dijo—. Pero a veces me lo preguntas demasiado.

Lo empujé.

—Creo que amas más a tu primo desconocido.

—No te enojés conmigo.

—Entonces no digas... No pienses esas cosas. A ver, si nosotros tuviéramos un hijo, ¿estarías deseando morirme?

Se rio.

—Nosotros no vamos a tener un hijo.

—¿Y si lo tuviéramos?

—Esto no va a ningún lado, Laura.

—Lo que no va a ningún lado es una pareja donde uno de los dos piensa en morirse.

—Pero no me voy a morir. Ven.

Volví a empujarlo.

—Tienes razón. No necesitamos un hijo: debería bastar conmigo. Tendría que ser suficiente para anclarte a este mundo y no es así.

—Calma...

—No me trates como si estuviera histérica. No es sólo lo que dices. Ya no te entiendo. Dejaste tu trabajo para escribir y no escribes. Lloras a solas. Bebes mucho. Escuchas a Kurt Cobain y te encanta decir lo admirable que es pegarse un tiro.

—No es nada.

—¿Sabes qué deberías hacer? Ir a Buenos Aires. Deberías decírselo personalmente a Bruno.

—Tal vez vaya.

—Ve. Aunque realmente, Aldo, yo creo que no necesitas excusas. No quieres dar la vida por tu primo. Quieres dar la vida y ya. ¿Verdad?

Me miró dolido.

—¿Verdad?

Me dio la espalda y se encerró en el estudio.

Laura, vení a Islandia. Entre marzo y junio, cuando los hielos se derriten. Trae la urna, las cenizas de Aldo se irán tranquilas en el agua.

O vení en invierno, verás a los caballos islandeses correr por el hielo, poderosos, y entre sus patas podrán chispear las cenizas de Aldo .

¡Escribe «chispear»! Y me hace sonreír, siento que ya le debo un trago y pienso en la colección de miniaturas; aunque yo también lo necesite, no puedo beberme las botellitas de Aldo. Después de diez años tal vez ya resulten tóxicas. Tal vez ni siquiera contienen el licor que anuncian sus envolturas.

Has elegido agua para dejar partir a Aldo. Acá hay mucha, mucha agua. En todos sus estados, incluso tenemos zonas con trozos de hielo glaciario, azulísimo, nada parecido al hielo que conocés.

Las cenizas de Aldo entre las patas de unos caballos. Suena a funeral vikingo.

Esto es lo que le debo al argentino de Islandia: un empujoncito para tomar una decisión pequeña. Una certeza diáfana. Es como si al ofrecerme una posibilidad distinta, otra manera de dejar ir las cenizas antiguamente amadas, me diera el valor de decidir lo que quiero hacer.

Islandia helada, Islandia de las auroras boreales. Un paisaje extraño que aparece de pronto en mis sueños. Despierto con frío en la noche, tiritando, como si hubiera visitado el país de hielo.

La muchacha del cementerio siempre será la hija de sus padres. Un día cuidará de sus restos en un nicho, les pondrá su música, les contará cosas. Pero yo he dejado de ser Laura la mujer de Aldo, y cuán extraño es mantenerme atada al pasado por un trámite administrativo, que sin embargo no es como pagar la tenencia del coche o el impuesto predial. Es pagar para que se atesoren en una oquedad las cenizas del hombre que amé.

Capítulo 32

Gracias, le escribo al argentino. Ya sé qué quiero hacer. Además me ha hecho tanto bien lo que me has contado sobre las estrellas. Es como si ahora coleccionara esas vidas estelares, las explosiones que ocurren a años luz sobre nuestras cabezas, sobre las que se vierten invisibles polvos siderales: lo único que queda de astros que fueron portentosos, que iluminaron el universo, y que murieron sin dejar de brillar durante incontables años, años y años. *Caen sobre sí mismos para terminar explotando*, escribió el argentino. Y cuando mueren se hacen más presentes. Lo invaden, lo poseen todo. Están en todos lados y en ninguno. *Brillan con más intensidad que diez mil millones de soles.*

Querida Laura, yo te agradezco a vos por escribirme. Imagino que ya no lo harás. Debo confesarte que me ganaron las ganas de comunicarme con vos y saber de la suerte de esas cenizas. Estoy consciente de que esto de escribirnos se ha prolongado por mi cabezadurez...

No puedo decirte que sintiera algo particularmente triste en los correos de Aldo. Había, sí, mucha curiosidad. Me preguntaba por medicamentos para morir sin dolor, cómo era la medicina paliativa cuando alguien estaba condenado a morir. Pensé que tal vez tenía algún pariente enfermo.

Han pasado tantos años, a veces me pregunto si no estaré inventando ya un personaje, a vos debe ocurrirte igual, ¿no? En todo caso, mirá, conviene preguntarse un poco si acaso realmente todo sucedió como pensamos. El lado de él pudo ser tan distinto. Cierto que Aldo amigaba con la muerte, pero eso ya lo sabés.

Espero a que vos me escribas luego, si querés. Aquí quedo a entera disposición para cualquier cosa y a la espera de tus noticias.

Un fuerte abrazo desde Islandia.

Capítulo 33

Tenía que ir al supermercado, pagar el teléfono, comprar unos *cupcakes* para el cumpleaños de Emilio, pero en lugar de eso fui directo al cementerio, a buscar a su joven administradora.

—¿En serio quieres el nicho? —le pregunté.

Asintió vivamente. Se compuso el fleco.

—Necesito saber una sola cosa: ¿por qué quieres precisamente este?

—¡Voy a creer que no se ha fijado en la ubicación! Está a la altura de mis ojos, de mi boca. Podré seguir contándoles mis cosas a mis papás.

—¿En serio? —insistí.

—¡Sí! Y perdóneme si me meto en lo que no me importa, yo sé por qué quiero el nicho, pero usted... Ahí no hay nada para usted.

Los días siguientes sólo pensé en esa última, inesperada frase. Con qué claridad lo veía esa muchachita, sin más vueltas, un pedazo de realidad cruda y sin condimentos.

Al fin la llamé. Le pedí algo que a nadie más me hubiera atrevido a pedirle.

Ella llevó al cerrajero. No hubo *Stabat Mater* ni agua en la fuente, sólo el sencillo procedimiento de forzar la cerradura de una caja fuerte o un apartado postal. Debí tener la llave, pero jamás hubiera podido imaginar que un día la necesitaría para volver a esas cenizas antiguamente amadas. A diferencia de la última vez en que estuvo abierto, ahora nadie lloraba.

La placa fue retirada, le pedí al cerrajero que se la llevara con él, a mí no me servía de nada.

—Haga muchas llaves con esto, o mejor véndala, que le den algo por ella... —le dije.

Pareció dudar pero aceptó. El sepulcro fue abierto. Me flanqueaban dos desconocidos. Mis cómplices en el saqueo del nicho. Mecánicamente me tomaron del brazo, uno a cada lado, como si me fuera a caer desmayada. O muerta. Nada de eso sucedió. Me preguntaron si prefería estar a solas, pero no quería separarme de ellos. Les agradecía tanto, tanto estar conmigo en silencio, compartir esa soledad, su fuerza. Estaría para siempre en deuda con esos desconocidos, empezando por

aquel que labró esa caja hermosa, perfumada, la caja de copal ahora sin el lustre que recordaba. Aldo volvería al regazo de su viuda. Mis manos se extendieron para alcanzar la urna funeraria. La sopesé. Comencé a temblar. Mi corazón iba desbocado. Hacía mucho que eso no me ocurría, sentí las manos sudorosas y temí que resbalara la caja; la apreté contra mi pecho.

Salí del columbario con la caja sujeta firmemente contra mí. Tenía prisa por marcharme. Una mirada se clavó en mi espalda como un dardo, sin dejar de andar me volví para asentir con energía, no necesitaba más para entregarle a la muchacha ese sepulcro vacío. Vi que se acomodaba el flequillo, cruzaba los brazos, sin perderme de vista.

Cuando llegué al coche me paralicé. Tenía que dejar la urna para buscar las llaves en mi bolsa. La muchacha me había seguido. Hizo el ademán de tomar la caja pero di un paso atrás, me volví de lado, donde colgaba mi bolsa:

—Mejor busca las llaves, abre.

Eso hizo. Me acomodé y coloqué la caja sobre el asiento del copiloto, puse mi bolso como un dique para que no se fuera a caer. La muchacha me extendió un papel y una pluma.

—No sea malita, fírmeme la cesión del nicho. Para que todo quede bien claro. En este sobre le puse el dinero, es lo que cuesta...

Nunca había pensado en un trámite. Menos aún en cobrar. Le devolví la hoja firmada y el sobre.

—¡Ay, muchas gracias, señora! Y no me lo tome a mal, pero espero no volver a verla por aquí.

También le di las gracias. Ya se iba, pero todavía me hizo una última pregunta:

—¿Se siente bien? Está muy colorada...

Le dije que sí.

—A veces me pasa cuando me agito, y mi corazón está muy acelerado.

Dobló la hoja que tenía en las manos, puso el sobre en medio y se fue con ese estilo ágil de la gente eficiente que siempre sabe adónde va y por qué.

Las cigarras cantaban. Pedían lluvia en esa tarde calurosa. En la quietud todo parecía volver a la normalidad. Aunque no había nada normal en todo lo que acababa de pasar. Me sentía fugitiva de algo. Pero sí comencé a comprender que ya no volvería a Jardines de la Paz a

pagar una renta. Acababa de conseguirme esa libertad. Respiré hondo para desacelerar mi corazón. Respiré y respiré.

Capítulo 34

Negro, como el coche que se incendió en el Gran Premio de Mónaco el año de mi boda.

Subí las escaleras hasta el departamento en el tercer piso de la modista. Llegué a la puerta, como siempre, lo primero que escuché fue el zumbido de los coches compitiendo.

La verdad ya estaba un poco harta de esas visitas, con alfileres por todos lados y órdenes que desde niña no recibía, dichas además en perfecto español polaco: «Quedarse quieta».

El vestido estaba colgado apropiadamente en un gancho. Me encantaba. Un vestido largo, de fiesta. Los holanes eran breves, nada cursi. Era perfecto. La seda salvaje tenía una caída suave, daba la sensación de guardar algo de viento entre sus pliegues.

Por primera vez la polaca parecía no tener prisa. Se animó a preguntarme dónde lo usaría.

—En mi boda —le contesté.

No era muy expresiva pero sus ojos, de un azul muy vivo, me miraron con curiosidad. Abrió los labios para decir algo, y lo dijo, pero en polaco.

Guardó el vestido en una funda. Terminé de llenar el cheque mientras ella hacía otra cosa inesperada: preparó té y bajó un poco el volumen del televisor, que seguía siendo elevado.

Bebimos lentamente de nuestras tazas con una familiaridad silenciosa, atentas al zumbido de los bólidos en la pista. Era como cuando estaba con mi tía Noemí, no esperábamos palabras entre nosotras, sólo esa muda calma, el reposo después de varios días de ir y venir para ver telas, botones, tamaños, ajustes. Nos sonreíamos entre sorbo y sorbo. Me acercó un platito con galletas danesas, que rechacé: quería entrar en mi vestido y me había puesto a dieta. Ella, en cambio, se las comió todas. Luego fue por un álbum viejo, de fotos que amarilleaban, y me enseñó las imágenes de su boda. Más joven, pero igualmente alta y esbelta, se veía soberbia con un vestido de escote estilo «palabra de honor», refulgente, de tonalidad perla. ¡El color!, pensé, quería enseñarme el color usual de un vestido de novia.

Me mostró la imagen donde se besa con el novio, un hombre muy alto, rubio. Ese no era el marido que yo le conocía, un hombre bajito de Sinaloa. Entendí que estaba mostrándome fotos de su primera boda. Tal

vez no hubo después un segundo vestido. Ese álbum, al menos, no lo sacó.

Para explicarme una de las imágenes donde sus padres le regalan algo que no alcancé a distinguir, trajo de la cocina pan y sal. Luego los puso en una bolsa de plástico Ziploc y me los dio, junto con un parabién:

—Pan es bueno. Pero deseo haya poca sal.

Sonreí, era mi primer regalo de bodas.

Recibió el cheque y tomó mi mano unos instantes, miró el anillo de compromiso, y dijo en voz baja:

—Felicidades.

Iba a decirme algo más, pero justo en ese momento hubo un gran revuelo en la pantalla del televisor. Un auto había volcado espectacularmente.

—Crash —dijo, y se quedó absorta mirando al equipo de socorro que acudía a sacar al piloto del coche en llamas.

Tomé mi vestido de novia y salí del departamento dichosa y temeraria, saltando por las escaleras hacia la calle, en llamas yo también, ¡iba a casarme!

Capítulo 35

Tomé la carretera hacia Acapulco, con Emilio en su silla especial de niño pequeño afianzada en el asiento trasero. Manejé con los vidrios abajo y sentimos el viento en la cara durante todo el trayecto, casi cuatro horas. Él se durmió una parte del camino, luego despertó para estirar el cuello y otear en busca de una visión. Chasqueó la lengua cuando se encontró con que el sol se estaba ocultando y aún no llegábamos al puerto. No dijo nada. Le lancé una bolsa de sus papas favoritas.

Emilio y yo vamos solos, en unas vacaciones improvisadas. No tuvimos que dar explicaciones ni decir mentiras: su papá salió de viaje de trabajo y nos alcanzará unos días después en la playa.

Llegamos de noche al hotel, pedimos nuestra cena a la habitación y después de comer jugamos un poco.

Emilio se mete bajo las sábanas en mi cama, se acurruca y dice:

—Soy un grano de cobijas.

Leemos su cuento favorito, la historia de un pequeño que se extravía en el desierto y encuentra a un león, que al principio quiere comérselo pero luego se conmueve, se hace su amigo y lo protege. Al final la portentosa bestia devuelve al niño a su aldea, y esa noche el león sueña con su pequeño amigo, mientras el niño duerme junto a su madre y sueña con el león.

—Mañana iremos al mar, Emilio, ¿qué te parece?

Cubierto por una sábana, se yergue.

—¿Ya no iremos al tierrón a buscar muertos?

—Ya no, Emilio.

—Ma, perdimos el tiempo de la búsqueda.

No puedo decirle nada. Mi corazón está de acuerdo con sus palabras.

Volvemos a leer otro cuento, un catálogo de monstruos.

—Ese es el peor de todos, el que dispara oscuridad —señala.

La noche va susurrando sus palabras secretas hasta que nos quedamos dormidos.

Capítulo 36

La playa.

En esta orilla siento que he estado mirando una vida que ya no existe. La que compartí con Aldo. La que él abandonó.

No es un espejismo o una alucinación ni un juego de la memoria. Es un fenómeno científico, como dijo el argentino islandés. El destino de una estrella roja, una galaxia Orión. Ha estallado y comienza su lenta desaparición. Una ausencia que ha afilado los bordes de mis días. Cada día.

Miro con los ojos cerrados y ahí está. Y los abro ya sin lágrimas, y ahí está. La agonía de las estrellas las hace más reales, fuera de todo tiempo. Puedo mirar la existencia de Aldo desde cualquier punto del universo. Es, está siendo.

Aldo no se llama Aldo aún pero ya se mece suavemente en aguas amnióticas. Ocurren en su cerebro las sinapsis, ocurren los sonidos que ya viajan hasta su oído atravesando el universo del útero. Una vida formándose, y el álgebra de su destino en cada ojo y también los laberintos de las venas, por donde la sangre correrá hasta que un día un arabesco lo impida, todo confabulado en una perfección blanca, como el color del cristalino. Blanco el espacio en blanco, la carencia, algo que falta o que luego sobraré y que veintinueve años después provocará ese holocausto íntimo, una implosión en primavera. La caída.

Mis ojos sanos miraron menos que los de Aldo. Todo él era premonición y tristeza. Como si hubiera intuido su muerte temprana para sentirla, para dolerse, para decirme adiós de maneras que no comprendí.

Aldo moviendo suavemente esos dedos largos, las manos delicadas, palpando la nada que lo sostiene. Las palmas de las manos con líneas invisibles, manos de ciego, de vidente. En el infinito del útero está ya dicho cada instante de su existencia y de su fin.

Tengo todo el tiempo del mundo. Emilio deja mi regazo y toma sus juguetes, una cubeta y una pala, arrastra y saca arena, llena el cubo, lo vacía, está encantado. Tengo todo el tiempo del mundo para contemplarlo. Es lo único que tengo.

Pongo las manos sobre la caja de madera.

Aunque lo sueñe, aunque le tema, aunque lo vea. Ya no existe.

Tengo un problema con el tiempo. Miro a Emilio, lo estoy mirando y sé que está aquí, ahora. Él también sabe que estoy aquí, que no podríamos apartarnos uno del otro porque, por ahora, me necesita como nunca más necesitará a alguien.

Pero puedo enfocar más lejos. Y ese es el problema. Sigo viendo y amando algo que ya no está ahí. Que ya no está ni siquiera en esta urna casi vacía.

Lo supe cuando tomé la caja para sacarla del sepulcro. ¿Sus padres, sus hermanas, su mejor amigo...? ¿Quién se quedó con la llave y tuvo más fuerza y más valor que yo para liberarlo de esa estúpida cripta? ¿Desde cuándo? ¿Al día siguiente de cerrar el nicho? ¿Hace unas semanas? ¿En su cumpleaños? ¿En un aniversario luctuoso? Lleva trece años muerto. Y todo este tiempo yo no he sabido dónde están en verdad sus cenizas. Tal vez las llevaron al mar, quizás las esparcieron en un jardín, en un estadio de fútbol o acaso estén entre las alhajas de la madre de Aldo.

Ningún rastro de aquellas cenizas, más leves que la última palabra de Aldo, si es que dijo lo que creo que escuché, mi nombre o sólo un pensamiento que escapó al dominio de la muerte, que la burló en el momento en que impuso su silencio.

Dijo mi nombre cuando sintió que llegaban las tinieblas, cuando todo se oscureció. Dijo mi nombre para que yo llegara en el momento justo en que se iba. Dijo mi nombre porque quería que lo protegiera. Dijo mi nombre porque al fin partía y quería decirme, quería, para qué dijo mi nombre, necesitaba que lo sostuviera, evitar el derrumbe, aquella caída fulminante, detenerse. Lo cierto es que me llamó. Y esa sola, ligera palabra que es mi nombre fue la última que dijo. Quería pedirme algo, que viviera, que gozara, que no lamentara su partida. Que me casara, que me liberaba de aquella promesa de no tener hijos, que celebrara. Que él ya no podía más, sentía esa tristeza, cada vez más honda, de raíces tan lejanas que yo jamás podría arrancarlas: venían de la infancia, de la amenaza de la ceguera, o sólo eran inexplicables, como un cáncer. Y qué pena que la vida no se pueda dar en transfusiones, porque eso es lo que él hubiera querido darle a su primo, una existencia que para él no era suficiente, no le alcanzaba, sin importar que yo, la del nombre dicho por última vez, estuviera a su lado.

El pasado ignora con qué afán es recreado y escarnecido. Cuántas veces tendré en mis brazos esa galaxia despedazada en años luz que nos volvían distantes, inalcanzables. Lo tenía en mis brazos y al mismo tiempo dejaba de tenerlo para siempre. Cuántas veces he recompuesto todo: su disco favorito de Molotov en el estéreo, la hora precisa de la mañana, las tazas del café recién dejadas sobre la mesa, los girasoles en el florero, la computadora encendida donde yo trabajaba mientras él se bañaba. Mayo de brumas por los incendios forestales, mayo de casi lluvias, con las cigarras de canto atronador. Tan sencillo de mirar ese pasado. Tan irremediable.

Un astro que se ha hecho viejo sin existir. Ha dejado de existir. Aunque lo mire ascender en el cielo nocturno, aunque lo mire y parezca vivir. Lo estoy mirando.

Tal vez el mar nos enseña a irnos. El movimiento que recompone siempre el mundo, lo restituye, le da otra pátina. Nos hace sentir que podemos sobrevivir a las mutaciones más dolorosas, que sus olas pueden en verdad llevarse las penas y traernos algo mejor. Ese cielo cambiante, al que he venido para ofrendarle esta desgracia que quizás un día se convierta en una tristeza tranquila.

Aldo: abro la caja para mirar los restos que sí se quedaron ahí, nuestros anillos de matrimonio con fechas y promesas grabadas, lo único que las manos justicieras que se llevaron tus cenizas dejaron porque esto sí era mío, estos despojos: las pertenencias más mías, las promesas sin cumplir, aquella vida en suspenso.

Mi vestido de novia también debería estar aquí, para echarlo al mar con sus alas abiertas. Ese vestido que también regalé a los niños huérfanos. Del color de las mariposas agoreras, de las cenizas, del mar de noche.

Y te digo adiós una vez más, como de muchas maneras te lo he dicho ya: sobreviviendo, casándome de nuevo, convirtiéndome en la madre que te aterraba que fuera. Bienvenido este mar, esta nueva vida que todos los días me asusta y me maravilla. Mira a mi hijo, es precioso y es todo lo que tengo. Sin saberlo va andando hacia el misterio, a la orilla del mar en calma. Tantea con sus pies pequeños. No teme que se alce la ola, él no espera desgracias. Un niño y su madre junto al mar, una escena que atraviesa la eternidad de lado a lado. Cada músculo de mi cuerpo, cada nervio se afilan, listos para saltar y arrancárselo a lo que sea. Estoy lista y no me muevo, no puedo correr detrás de él para enseñarle mi miedo. Me trago el terror de que una ola se lo lleve porque este es el precio de vivir y dar vida, y hasta una cobarde como yo lo sabe. Sonrío cuando se vuelve a mirarme. ¿Hay luz en mis ojos o sólo la opaca niebla del que mira estrellas muertas? Quiero que ame la vida. Que la abrace como yo la abrazaba cuando tú te estabas desprendiendo. *La muerte era su amiga, lo sabés ahora*, dijo el argentino islandés. Y ahora pienso cuánto me hubiera gustado ser tu madre para enseñarte esto, amor mío, si en lugar de morir en mis brazos hubieras llegado al mundo desde mi cuerpo.

Algún día voy a contarle a Emilio de ti. Quiero que sepa quién es su madre y lo que ha amado su madre, o no me conocerá. Cada noche, cuando le leo cuentos, él se queda dormido en mi regazo como antes lo hacías tú. Y sigo su respiración serena y veo los dulces movimientos del sueño bajo sus párpados, como antes veía los tuyos.

En aquel mayo lejano, con tu cabeza ladeada sobre mi pecho recé un padre nuestro que no sabía que podía recitar de principio a fin, las palabras se atropellaban unas a otras, padre nuestro... santificado... perdona... ¿por qué no llega la ambulancia?, salían esas palabras

extrañas de mi boca, mientras en mi corazón se abría paso un enorme presentimiento: tú estabas naciendo en otro lugar. Nacías de tu muerte deslumbrante, tan anhelada desde esa orilla en la que no pude verte. Nadie pudo. Así como nosotros perdonamos...

Tal vez no te había dicho adiós realmente. Por eso guardé celosamente la colección de botellitas, la defendí de las miradas inquisitivas del padre de Emilio; cada vez que nos mudamos de casa era yo la que en primer lugar buscaba tu colección y la protegía. Enrollé cada miniatura en burbujas de plástico y me distraje leyendo esos nombres raros, imaginando el sabor de cada licor.

Entonces cómo es despedirse de alguien que dijo lo que tenía que decir y se marchó. Tú que querías morirte. Yo que no lo quise ver. Tú que no sabías nada de la muerte, aunque la amaras. Y ahora ya lo sabes todo y eres como esas estrellas heladas, resplandecientes y ahogadas en su inexistencia. Aquí estoy yo que fui tu madre, tu hermana, tu amiga y tu mujer. Conmigo lloraste ausencias y vidas pasadas, ¿de dónde venías en realidad? Un guerrero que rendía su espada, un resucitado que volvía al sepulcro.

Una sensación de que estás en otro lado, no del otro lado. Naciste de nuevo. Y deberían llegarme desde allá tus palabras. Acaso si me concentro suficiente, voy a escucharte. ¿Y sabes qué vas a decirme? Lo primero que dirás es cuánto lamentas haber deseado dar la vida por tu primo Bruno que vivía en Buenos Aires. Dirás que estabas equivocado. Que te encargarías de contarle al hijo de Bruno quién fue su padre para que no lo olvidara. Algo así, que te confirmara en la vida. De este lado, el mío, y no aquel que cultivaste a oscuras.

Un día voy a hablarle de ti a mi hijo, pero primero voy a destruir tu memoria. Seré tu enemiga y borraré los vestigios que durante más de diez años perduran. No habrá huella de ti que se atravesase en mi camino: no tienes derecho a un camino. La colección de botellitas se la envié a tu mejor amigo, el que quería esparcir tus cenizas en el estadio Azul. Ya no estarás de ninguna manera en mi casa. En mi corazón serás un inquilino remoto. Sólo así podré volver a mirarte sin dolor. Necesito alegrarme por haberte conocido. Perdonarte por abandonarme. Quiero volver a amarte. Hasta el día de mi muerte y un día más.

Llevo la urna donde Emilio chapotea. La mira y me pregunta qué hay dentro.

—Ven a ver.

La abrimos y él toma con curiosidad los anillos.

—¡Qué bonitos! —exclama.

Los sopesa unos instantes. Luego hace un pequeño hueco en la playa con su pala, donde apenas llegan las olas, los deposita y los cubre con un montoncito de arena.

Lo tomo de la mano para ir dentro del agua mansa. Ahora vamos a recoger el mar en tu caja de lináloe, Aldo.



SOCORRO VENEGAS (San Luis Potosí, México, 1972). Escritora, promotora de lectura y coordinadora editorial. Estudió Comunicación Social en la UAM-X y realizó estudios de la maestría en Literatura en el Centro de Investigación y Docencia en Humanidades de Morelos (CIDHEM), así como del posgrado en Políticas Culturales y Gestión Cultural de la OEI. Fue directora de la Escuela de Escritores «Ricardo Garibay» de la Sogem, así como Directora General Adjunta de Fomento a la Lectura y el libro del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Actualmente es Coordinadora General de Obras para Niños y Jóvenes del Fondo de Cultura Económica.

Su libro de cuentos *Todas las islas* obtuvo el Premio Nacional de Poesía y Cuento «Benemérito de América» 2002. En 2004 su primera novela, *Será negra y blanca*, ganó el Premio Nacional de Novela Ópera Prima «Carlos Fuentes», fue publicada por Ediciones Era en 2009 y obtuvo una mención en el Premio de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz de la FIL. Sus cuentos han sido incluidos en diversas antologías, entre ellas *Des nouvelles du Mexique* (2009), *Sudden fiction latino* (2010), *Nuevas voces de la narrativa mexicana* (2003) y *Los mejores cuentos mexicanos* 2004, y también se han traducido en *Concho River Review*, *The Modern Review*, *Literal*, y *The Listening Eye*, entre otras publicaciones.

